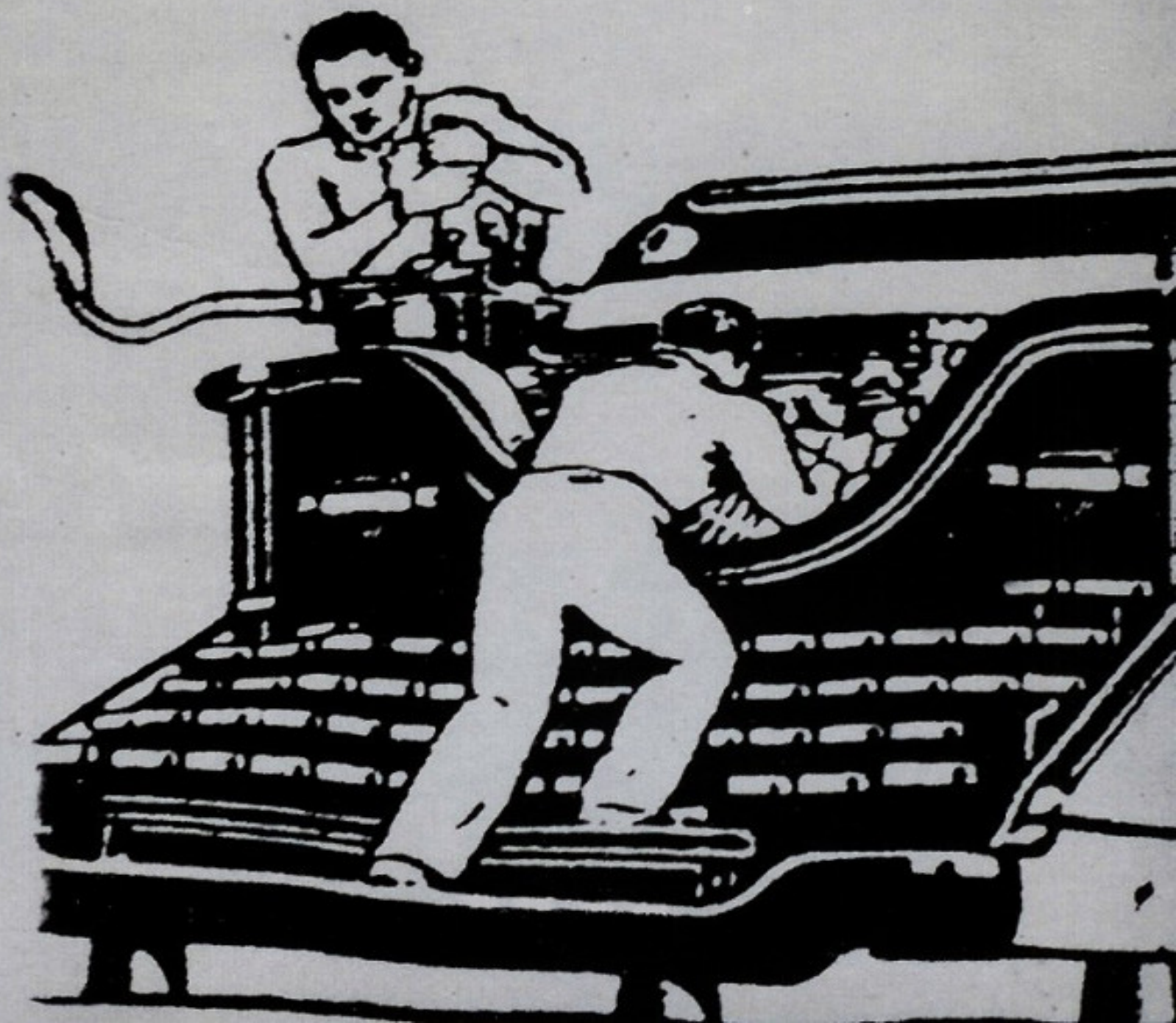


JOSEPH *de* PULITZER

sobre el periodismo



«¿Cuál será el estado de la sociedad y la política de esta república dentro de setenta años, cuando algunos de los niños que ahora van al colegio aún estén vivos? ¿Conservaremos un gobierno basado en la Constitución, en la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley y en la pureza de la justicia, o nos gobernarán el dinero o la mafia?».

Joseph Pulitzer se lo preguntaba a principios del siglo xx cuando por su iniciativa nació la Escuela de Periodismo de la Columbia University de Nueva York. Estaba convencido de que la respuesta dependería en buena medida de la calidad de la información.

Después de un siglo, cuando el consumo de noticias ha alcanzado unos ritmos antes inimaginables, la calidad de la información resulta más decisiva aún para el bien común. Porque «nuestra república y su prensa avanzarán o caerán juntos».

«Al periodista se le dan las llaves de todos los estudios, la entrada a todas las familias, el oído de todos los ciudadanos cuando están más tranquilos y en el más receptivo de los estados de ánimo: tiene un poder de acercamiento y de persuasión superior al de un pastor protestante o un confesor católico».

Whitelaw Reid



Joseph Pulitzer

Sobre el periodismo

ePub r1.0

Titivillus 22.03.2019

Título original: *The School of Journalism in Columbia University The Power of Public Opinion*

Joseph Pulitzer, 1904

Traducción: Lucía Alaejos

Prólogo: Irene Lozano

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



Índice de contenido

Cubierta

Sobre el periodismo

Prólogo

La Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia

El poder de la opinión pública

Sobre el autor

Notas a la traducción

PRÓLOGO

Como hombre de ideas, Joseph Pulitzer responde al patrón de comportamiento de los poseedores del lenguaje tal como lo describió Julien Benda en *La traición de los intelectuales*: «Gracias a ellos, durante dos mil años la humanidad ha practicado el mal, pero ha honrado el bien». En este sentido, Pulitzer no hace sino administrar una herencia. Y se debe admitir que fue un albacea ejemplar.

Emigrante húngaro en Estados Unidos, participó en la Guerra Civil Americana, a cuyo término ejerció como reportero en *The Westliche Post*, el periódico en lengua alemana de San Luis. Tras una breve incursión en la política de la mano del Partido Liberal Republicano, dirigió sus simpatías al Partido Demócrata, al que permaneció fiel el resto de su vida. No obstante, abandonó la política activa para dedicarse a ejercer el periodismo desde la mesa del editor. Tras algunas operaciones de compraventa de diarios en San Luis, en 1883 marchó a Nueva York, donde adquirió el diario matutino *The World*. Desde ese momento, su gran preocupación consistió en atraer a las masas a sus publicaciones, para lo cual combinó los reportajes de investigación con el periodismo sensacionalista, introdujo las viñetas, amplió el uso de las ilustraciones, incluyó la información deportiva y de moda y practicó una impúdica promoción de sí mismo. Junto a estas innovaciones de carácter populista, no dejó de batallar contra la corrupción política y la injusticia social.

Se le puede considerar, pues, un pionero del *infotainment*, esa mezcla de información y entretenimiento en la que los periódicos no

han dejado de profundizar desde entonces —aunque, naturalmente, él no es responsable de que se practique hoy sin criterio alguno—. Pulitzer saboreó los riesgos de su línea informativa al entablar una dura batalla por la audiencia contra *The New York Morning Journal*, dirigido por William Randolph Hearst, el magnate de prensa celebrado por Welles en *Ciudadano Kane*.

La pelea librada por ambos en las páginas de sus respectivos periódicos llevó a la aparición de un nuevo tipo de prensa, para la que se acuñó el término de «periodismo amarillo». No obstante, unos años después, al acercarse el fin de siglo, el periódico de Pulitzer fue poco a poco abandonando el sensacionalismo, y él se dedicó a reflexionar sobre la profesión. Puede decirse, pues, que Pulitzer administró con éxito el legado intelectual recibido y contribuyó a engrandecerlo en lo relativo a la práctica del mal. Por lo que respecta a su aportación a la honra del bien, los textos contenidos en este volumen constituyen un hermoso ejemplo.

En ellos Pulitzer expresa su ambicioso ideal del periodismo, pues, aunque parezca describir la profesión, en el fondo casi siempre prescribe cómo debería ser. Lo hace en un país que santifica la libertad de prensa como pilar indispensable de toda democracia, y con una confianza ciega: «La prensa hace su trabajo inteligente y concienzudamente y con coraje: difundiendo inteligencia como el sol difunde luz». Su punto de vista se encuentra a años luz del escepticismo que, setenta años antes y en un país marcado por la censura, expresaba Larra. En su artículo *Un periódico nuevo* dejó sentadas sus dudas sobre la limitada moralidad del periodismo: «Los primeros periódicos fueron gacetas; no nos admiremos, pues, si fieles a su origen, han conservado su afición a mentir».

La fe en la prensa no impide a Pulitzer tener conciencia de los peligros que la acechan, fundamentalmente el comercialismo y la falta de ética. El interés actual de sus textos radica en que esas dos amenazas persisten a pesar de que nos encontremos en una época radicalmente distinta. Cuando él escribió estos artículos, a principios

del siglo xx, no existían la televisión, la radio ni Internet, y nadie vaticinaba la muerte de los periódicos, que vivían la constante expansión de sus tiradas. En todos estos medios predomina actualmente un modelo de gestión empresarial basado *exclusivamente* en la rentabilidad. Y subrayo «exclusivamente» porque, si bien los editores de periódicos han buscado siempre el negocio, sabedores de que constituía la base de su independencia, nunca como ahora consideraron que este fuera el único criterio por el que regirse.

Pulitzer alerta contra el afán comercial obviando el suyo propio, pero sin duda marcado por su experiencia neoyorquina: «Nada menos que los más altos ideales, el más escrupuloso afán por hacer las cosas bien, el conocimiento más minucioso de los obstáculos y el más sincero sentimiento de la responsabilidad moral salvarán al periodismo de la sumisión a los intereses económicos que buscan fines egoístas, antagónicos al bien social», afirma. Y ese peligro se conjura gracias a los principios éticos, la gran obsesión del autor. De ahí que pergeñe, para los aspirantes a periodistas, un programa de estudios vertebrado por la enseñanza moral. Sin inculcarles una clara conciencia de su responsabilidad social, una sólida defensa del bien común y lo que él llama, en una bella frase, la «vocación por lo correcto», no hay instrucción útil para los periodistas. El olvido de estas cualidades generará algo peor que la fatuidad, como él advierte: «Sin unos ideales éticos, un periódico podrá ser divertido y tener éxito, pero no sólo perderá su espléndida posibilidad de ser un servicio público, sino que correrá el riesgo de convertirse en un verdadero peligro para la comunidad».

La prensa no resulta benéfica para una sociedad democrática por el mero hecho de existir, del mismo modo que la lluvia no siempre ayuda a las cosechas, sino que puede arruinarlas cuando cae sobre ellas de forma torrencial. Si el periodismo es honesto, desempeña el papel de «inagotable enemigo del fanatismo». Por el contrario, «una prensa mercenaria, demagógica y corrupta» puede arrasarse un territorio y «producir un pueblo tan vil como ella». Basta

extrapolar sus reflexiones a las campañas de ciertos periódicos, a las numerosas páginas web entregadas a la práctica del rumor o del libelo y, de forma muy obvia, a la programación televisiva de ciertas cadenas, para darse cuenta de cómo la obsesión por ganar audiencia, sin frenos deontológicos, degrada el periodismo y acarrea el envilecimiento de la sociedad.

Los medios en su conjunto contribuyen hoy a configurar el espacio público en mayor medida que hace un siglo. Tal como ha señalado Manuel Castells en *Comunicación y poder*, ya «no son el cuarto poder. Son algo mucho más importante, son el espacio donde se crea el poder». Esto significa que todos sus actos tienen consecuencias políticas, y no en lo relativo al triunfo o fracaso de un partido en las urnas, sino en el más amplio sentido de la palabra «política». Todo ocurre fuera de los medios, pero el hecho de que a determinados acontecimientos se les dé cabida en ellos y a otros no condiciona nuestra manera de pensar la realidad y de vivir la democracia. Servir de caja de resonancia a documentos filtrados a través de Wikileaks desnuda al poder, y eso es una postura política. Dar protagonismo a tertulianos de ideas maltrechas, o a predicadores inflamados, contribuye a radicalizar a los ciudadanos, y eso constituye una postura política. Despertar constantemente sospechas respecto al otro, rompiendo el consenso básico sobre lo real, anula la discusión y llega a convencer a los ciudadanos de la irrelevancia misma del debate político. Eso también es una postura política.

Los cambios que está sufriendo el periodismo resultan bastante visibles, pero tal vez estemos asistiendo a una mutación definitiva y subterránea en los hombres de ideas. Después de muerto, Pulitzer se animó a hacer el bien y no sólo honrarlo: donó los fondos para instaurar la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia, aún hoy entre las más prestigiosas del mundo, así como para instituir los premios que llevan su nombre. Por el contrario, en nuestro tiempo abundan los dueños del lenguaje decididos a lograr en vida la coherencia que Julien Benda echaba en falta: entregados

a practicar el mal desde hace tiempo, ahora se afanan también en honrarlo. No han entendido nada.

Irene Lozano Madrid,
diciembre de 2010

LA ESCUELA DE PERIODISMO DE LA UNIVERSIDAD DE
COLUMBIA[*]

Aquel que escribe, aquel que cada mes, cada semana, cada día produce el material que va a conformar el pensamiento del público es, en esencia, aquel que determina, más que nadie, el carácter de la gente y el tipo de gobierno que esa gente tendrá.

THEODORE ROOSEVELT, 7 DE ABRIL DE 1904

El director de *The North American Review* me ha pedido que responda a un artículo publicado recientemente en sus páginas donde se critica a la Facultad de Periodismo que yo he financiado como parte de la Universidad de Columbia. Amén de atender a su solicitud, he preferido abarcar también con mi réplica otros recelos y críticas, muchos sinceros, otros banales, algunos basados en malos entendidos, pero que en su mayoría no demuestran más que prejuicios e ignorancia. Si mis comentarios a esas críticas parecieran difusos y quizá repetitivos, mi disculpa es que, lamentablemente, me veo obligado a escribir con la voz y no con la pluma, y a repasar las pruebas de imprenta con el oído y no con la vista, lo cual es una tarea un tanto ardua^[1].

Algunos de mis críticos califican mi propósito de «visionario». Si eso fuera cierto, al menos puedo alegar que es una visión que he albergado durante largo tiempo, que he meditado muy profundamente y que he perseguido con tesón. Hace doce años le propuse mi idea a Low, el rector de la Universidad de Columbia, pero los miembros del Consejo no la aceptaron. Desde entonces, he seguido perfeccionando y organizando mis ideas, y ahora mi

propuesta ha sido aceptada. Mi único afán al examinar las críticas y los celos que he recibido ha sido el de encontrar la verdad. Reconozco que los obstáculos son numerosos, pero tras sopesarlos imparcialmente estoy mucho más convencido del éxito final de mi idea. Antes de que este siglo llegue a su fin, las facultades de Periodismo serán aceptadas por todos como una rama más de la educación especializada, tal y como lo son ahora las de Medicina y Derecho.

Y ahora me dirigiré a nuestros críticos y detractores:

Un periodista, ¿«nace»?

Objetan los críticos y pejugeros que un «hombre de prensa» solamente debe apoyarse en sus aptitudes naturales o, como suele decirse, que «nace, no se hace».

¿Podrían acaso nombrar ellos a algún gran redactor que haya nacido con las alas de Mercurio, el mensajero de los dioses? Yo no conozco a ninguno. El único puesto en nuestra república que se me ocurre que pueda ser cubierto por un hombre por el mero hecho de haber nacido es el de imbécil. ¿Acaso hay algún puesto para el que un hombre no demande y reciba una formación, ya sea esta en casa, en academias, en facultades, a través de maestros artesanos o de vivencias amargas como la quemadura que hace que un niño tema al fuego o los costosos y garrafales errores del aspirante?

El último citado es el proceso por el cual la profesión periodística recluta actualmente a sus nuevos miembros, a través de la selección natural y el triunfo de los más fuertes, que van sembrando con sus errores el terreno por el que pasan.

El «redactor nato» que logra el éxito sin una preparación especial es, simplemente, un hombre con una aptitud y una habilidad poco comunes para la profesión que ha elegido, con una fuerte capacidad de concentración y de esfuerzo constante, alguien que ama su trabajo y vuelca en él su corazón y su mente, un

hombre culto en el sentido más estricto, sólo que ha sustituido la educación transmitida por otros con el autoaprendizaje, compensando las carencias de su formación con el sacrificio incondicional de placeres, fuerzas y energía. Pero, incluso en ese caso, ¿no habría sido una ventaja tener un sistema de enseñanza que le hubiera dado los mismos resultados, pero ahorrándose mucho tiempo y esfuerzo?

La educación empieza desde la cuna, en casa, con las enseñanzas de una madre, y continúa durante toda la vida con muchas otras influencias. La universidad es una de esas influencias: útil, pero no milagrosa. Un tonto que arrastre una retahíla de títulos tras su nombre seguirá siendo un tonto, y un genio, si se ve en la necesidad, inventará su propia universidad, aunque malgastando un esfuerzo que bien podría haberse empleado en un trabajo productivo. Creo recordar que Lincoln, cuya formación académica consistió en un libro prestado que leía a la luz del hogar, estudió a Euclides en el Congreso cuando tenía casi cuarenta años. Pero ¿no habría sido mejor si ese trabajo se hubiera realizado a los catorce?

Toda inteligencia requiere un desarrollo. La más alta se beneficia de él y la más baja no es nada sin él. La mejor obra de Shakespeare, *Hamlet*, no fue la primera, sino la decimonovena, escrita con edad y madurez, después del esfuerzo, la experiencia, el ejercicio de sus facultades y los conocimientos acumulados tras escribir dieciocho obras teatrales. Ya que Shakespeare fue un genio «nato», ¿por qué no empezó escribiendo ya *Hamlet*?

John Stuart Mill tenía un talento natural. Sin embargo, el desarrollo de ese talento se llevó al límite con una temprana educación que fue no sólo rigurosa, sino inhumana. Su padre fue su universidad, una gran universidad, mejor que cualquier otra de Inglaterra. Al igual que Mill, Herbert Spencer, Buckle, Huxley, Tyndall y Lewes no disfrutaron de una formación universitaria, pero su disciplina mental fue mucho más severa. Cobden nació, sin duda, siendo un genio, pero si comparamos su estilo original, ampuloso y sin fluidez, con la magistral claridad y fuerza de su madurez, ¿no

queda claro que su cerebro se desarrolló gracias al trabajo, como lo hicieron los músculos de Sandow?

No hay duda de que en todos los campos las aptitudes naturales son la clave del éxito. Cuando se trató de convertir a Whistler en un soldado disciplinado, hasta West Point terminó por deponer las armas. Un aserradero podrá contar con las más modernas mejoras, pero no obtendrá una tabla de pino a partir de un tronco de tilo. Ninguna universidad puede crear un buen abogado si este no tiene una mente jurídica sobre la que trabajar, ni tampoco hará de un joven destinado a vender esparadrapo un médico reconocido. Talleyrand recibió el sacramento de la ordenación, pero eso no le convirtió en un santo varón.

Con más frecuencia incluso que al hablar de un gran redactor, suele decirse que un gran general nace, no se hace. El historiador pintoresco nos cuenta que «cayó como un rayo sobre el enemigo», y nos imaginamos a un mago capaz de hacer milagros. Pero la realidad es que ese magnífico general no es más que un hombre que ha aprendido a utilizar con habilidad las leyes naturales de la fuerza y que tiene la templanza necesaria para aplicar sus conocimientos. Aníbal, en mi opinión el mejor de todos, es reconocido como un ejemplo típico de genialidad militar innata. Pero ¿podemos olvidar que fue hijo y alumno de Amílcar, el soldado más capaz de su generación, que nació en un campamento y siempre vivió en un ambiente militar, que juró en su más tierna infancia odio y guerra a Roma y que heredó de su padre todos los conocimientos militares que la experiencia de la Antigüedad podía ofrecer? Había recibido una educación. Su padre representaba una universidad militar para él. ¿Podemos pensar en Napoleón sin recordar que recibió la mejor educación militar de la época, en la academia de Brienne^[2], y que siempre fue un ávido estudiante de las grandes campañas de la historia? Federico el Grande perdió la cabeza en su primera batalla. Le llevó años aprender el oficio y, finalmente, superar a sus instructores. No hay ningún cadete en ninguna academia militar al que no se le pida, como parte de su preparación

profesional, que estudie todas las batallas importantes de las que se tenga algún registro: cómo se libraron, qué errores se cometieron en cada bando y cómo se ganaron.

Cada número de un periódico representa una batalla: una batalla por la excelencia. Cuando el director lo lee y lo compara con sus rivales sabe si se ha anotado una victoria o sufrido una derrota. ¿No sería de tanta utilidad para el estudiante de periodismo leer sobre esas batallas de la prensa como lo es para el estudiante de la guerra hacerlo sobre las batallas militares?

Hay quienes objetan que el instinto de la noticia debe ser innato.

Y así es. Pero, por grande que sea el don, si ese instinto innato se dejase libre en cualquier redacción de Nueva York sin pasar por el juicio sensato generado tras la experiencia y la educación, el resultado sería más grato para los abogados que para el redactor. Una de las principales dificultades del periodismo actual es impedir que dicho instinto campe a sus anchas por encima de la precisión y de la conciencia. Y si el «olfato para las noticias» se adquiere en la cuna, ¿no necesita el instinto, al igual que otras grandes cualidades, desarrollarse a través de la enseñanza, el ejercicio, las lecciones prácticas que ilustren lo bueno y lo malo, el Bien y el Mal, lo popular y lo impopular, lo que tiene éxito y lo que no y, sobre todo, las cosas que merecen tener éxito y las que no lo merecen —no sólo las cosas que tienen una buena tirada hoy, sino las que forjan la reputación, la influencia y la confianza del público?

¿Puede desarrollarse la conciencia?

De los fines que un legislador debe tener presentes ninguno resulta importante si lo comparamos con el de «forjar el carácter». En eso y nada más consiste la educación nacional.

HERBERT SPENCER^[3]

Objetan que el carácter moral, al igual que el instinto para las noticias, no se crea, sino que ha de ser innato. Es esta una objeción muy seria, ya que para mí, si un redactor no tiene carácter moral, no tiene nada. Pero ¿es eso realmente cierto? ¿Acaso los propios críticos no han alcanzado su presente altura moral paulatinamente? La formación no puede crear un temperamento, lo reconozco, ni siquiera cambiarlo radicalmente. Pero ¿acaso la conciencia no es diferente del temperamento? ¿No se trata, en buena parte, de una cuestión de educación? ¿No debería considerarse una cualidad adquirida, en vez de algo heredado o inherente? ¿No tenemos razones para creer que, en gran medida, la conciencia es una cuestión del clima y la geografía? Como dijo Macaulay, «El asesinato de un niño en Londres conduce al patíbulo; en el Ganges, es un honorable sacrificio religioso». Una viuda hindú que se iba a sacrificar en la misma pira funeraria de su marido estaba cumpliendo el más alto deber impuesto por su sentido moral. Los ingleses consideraron su sacrificio no sólo un delito, sino también un acto de increíble estupidez, y se lanzaron a sofocar el fuego, despreciando insensiblemente las protestas de la horrorizada conciencia de la mujer.

Muchas mujeres inglesas o americanas casadas no sólo no reconocen en la viudedad ninguno de esos sentimientos de terror que conducían a su hermana hindú a acabar con su vida en la pira funeraria, sino que muchas veces lo anticipan con la ayuda del divorcio y disfrutan de la placentera sensación de ser la viuda legal de más de un hombre al mismo tiempo. El misionero no siente una satisfacción más profunda por convertir al caníbal que la que siente el caníbal por comerse al misionero. Un montañés de Kentucky será capaz de matar, pero jamás robará; a menudo, un concejal robará, pero nunca, por regla general, matará. En Turquía un hombre puede tener varias mujeres y seguir con la conciencia tranquila; en el Tíbet una mujer puede tener varios maridos; en América nadie tiene más de una mujer o de un marido al mismo tiempo de forma legal. Si George Washington hubiese sido secuestrado en su infancia y

criado por ladrones en lugar de por la devota madre que le educó en la moral y en la religión, ¿habría llegado a convertirse en el Washington que amamos y al que reverenciamos como padre de este país?

¿Se puede enseñar el coraje moral?

Objetan que el coraje moral no se puede enseñar. Y con mucha razón. Reconozco que es la cosa más difícil de enseñar del mundo. Pero ¿no nos puede animar el hecho de que el coraje físico sí se pueda enseñar? No se puede decir que todo joven que ingrese en West Point o Annapolis, Brienne, Saint-Cyr o Sandhurst sea un héroe innato. Sin embargo, a todos los estudiantes de cualquiera de estas academias se los entrena, anima y prepara de tal manera en la dirección del coraje que, cuando se gradúan, puede tenerse la certeza moral de que no vacilarán al llevar a sus hombres a la línea de fuego por primera vez. El orgullo y el ánimo de emulación pueden provocar que una masa de hombres haga algo que ni siquiera un héroe osaría hacer él solo. ¿Qué probabilidades hay de que Napoleón hubiera cargado en solitaria grandeza contra el puente de Lodi si no hubiera habido nadie allí para verlo? En Gettysburg, ¿habría avanzado hacia la destrucción la brigada de Pickett si cada uno de sus hombres no se hubiese olvidado de sí mismo a causa del sentimiento de que, junto a sus camaradas, estaba llevando a cabo un acto heroico, algo en lo que no podía hacer menos que el resto?

Si se pueden hacer cosas como esas mediante el coraje físico, ¿por qué no a través del coraje moral? Si se puede enseñar a la mente a exponer al cuerpo sin temor a las heridas y a la muerte, ¿no se podrá enseñar al alma a que se aferre a sus ideas evitando caer en tentaciones, prejuicios, vilipendios y persecuciones?

El coraje moral se desarrolla gracias a la experiencia y la educación. Cada práctica realizada con éxito facilita la siguiente. El

redactor suele enfrentarse a un dilema evidente: o bien rendirse a una pasión popular que siente como errónea, o bien arriesgarse a las consecuencias de la falta de éxito entre la gente. La fidelidad a los principios se puede y se debe enseñar, a través de preceptos y con el ejemplo, no sólo como principio fundamental, sino como norma sólida. ¿Acaso cien ejemplos concretos de la devoción inflexible hacia lo correcto no representarían un buen tónico moral para un estudiante?

¿Debe aprenderse el periodismo en la redacción?

Objetan que lo que un periodista que ha nacido como tal tiene que hacer sólo puede realizarlo en la redacción, en el «tajo».

¿Cómo se procede en realidad en la redacción? No se trata de una educación intencionada, sino sólo casual. No es un aprendizaje: es un trabajo durante el cual todos tienen que saber lo que están haciendo. No hay nadie en la redacción con tiempo ni ganas para enseñarle a un reportero novel todo lo que debería saber antes de llevar a cabo la más humilde de las tareas de un periodista. Eso no es lo que los directores de periódico hacen hoy en día. Uno de nuestros distinguidos críticos señala que Greeley se hizo cargo del joven Raymond y, a fuerza de golpes, le convirtió en un gran redactor. Cierto. Pero ¿no fue un proceso costoso a la par que poco común el del director de periódico más distinguido de su tiempo convirtiéndose en una escuela de periodismo para beneficio de un solo alumno? Imaginen a un hombre la mitad de bueno que Greeley liberado del agotador trabajo diario de crear un periódico y de sus hostigadoras sorpresas, liberado de la necesidad de corregir los resbalones de sus subordinados y estar atento para prevenir la perpetración de más errores. Imaginen que pudiese dedicar por completo su mente y su alma a la sola tarea de educar a sus alumnos. ¿No sería capaz entonces de crear no ya un Raymond, sino cuarenta?

A propósito de lo anterior, me atrevo a decir que a lo largo de mi carrera como reportero y director de periódico nunca recibí una sola lección de nadie.

La idea del «tajo» predominaba antes en el Derecho y la Medicina. Los estudios jurídicos empezaban con la copia de facturas para el abogado del pueblo. La educación médica, con la limpieza de la consulta de un médico. Ahora se admite que se obtienen mejores resultados al comenzar con un equipamiento sistemático en una facultad profesional. En la universidad, un abogado no aprende más que la teoría del derecho, los principios fundamentales y algunos precedentes. Cuando recibe su título no está nada preparado para ejercer. Y tampoco el médico aprende a practicar en la facultad de Medicina. Sólo aprende principios fundamentales, teorías, normas y la experiencia de los demás: los fundamentos de su profesión. Una vez deja la facultad, debe trabajar en los hospitales para aprender el arte de poner en práctica esos conocimientos.

En el caso actual del periodismo, las redacciones son los hospitales. Sin embargo, los estudiantes llegan a ellas sin saber nada de principios o teorías. El hospital-periódico es muy complaciente. Proporciona pacientes para que los jóvenes practiquen con ellos, pone bisturís en manos de principiantes que no sabrían diferenciar una arteria de un apéndice vermiforme, y les paga por los errores con los que van aprendiendo gradualmente la profesión. Podremos apiadarnos de los estudiantes y su diligente esfuerzo de autoaprendizaje pero ¿no nos da también pena el pobre director que tiene que trabajar con tan incompetentes instrumentos?

¿Es innecesaria una nueva facultad?

Elevar las mentes por encima de la manada con aspiraciones y facultades capaces de guiar a los hombres de Estado hacia logros mejores en lo

referente a la efectividad, la inteligencia y el bien general: esos son los fines por los que las universidades financiadas son deseables, los fines que se proponen todas las universidades financiadas, y su desgracia es enorme si, habiendo comenzado esta tarea, y después de haber pedido la confianza de todos, no lo logran.

JOHN STUART MILL^[4]

Objetan que aun suponiendo que una formación universitaria sea deseable, todo lo necesario ya puede obtenerse en las facultades existentes y no hace falta un departamento especializado.

Esta es una crítica que parece tener cierta fuerza. Es posible que sea realizada con sinceridad por inteligentes «hombres de periódico» que no saben nada de universidades, o por inteligentes «hombres de universidad» que no saben nada de periódicos. Pero es superficial. Ciertamente es que muchas de las asignaturas que un periodista necesita para su educación general ya están cubiertas con la universidad actual. Pero están demasiado cubiertas. El estudiante de periodismo puede encontrar un curso en una facultad de Derecho, otro en una escuela de posgrado de Ciencias Políticas, otro, a la misma hora, en un curso para universitarios y otro en un departamento de Literatura.

Un joven con unas dotes extraordinarias —suficientes para educarse a sí mismo sin la ayuda de una facultad— quizá fuera capaz de seleccionar, del enormemente abultado e intrincado catálogo de asignaturas, aquellas que constituyeran un buen currículo. Podemos aceptar que lograrse que las horas de las clases no coincidieran, algo imposible, y que a la edad de veinte años ya fuera consciente de cuáles son las necesidades de la profesión que ha elegido, algo que ni yo he conseguido llegar a saber después de cuarenta años de experiencia y duro trabajo. Pero una vez que ese maravilloso joven hubiera realizado el listado de asignaturas, se

vería condenado a la decepción. Las clases de Historia, Derecho, Ciencias Políticas y demás no serían como él las necesita para especializarse en Periodismo. Le proporcionarían solamente una parte de los conocimientos que necesita de cada asignatura, y esa parte estaría anegada en un mar de detalles inútiles. Para que esas asignaturas cumplieren su cometido, tendrían que ser remodeladas y especializadas.

La industria moderna cuida concienzudamente sus subproductos. En la minería de plata, a veces se encuentra oro como un subproducto que supera el valor de la plata. Del mismo modo, en las asignaturas generales de la universidad podemos encontrar subproductos que se ajustarían a las necesidades del periodismo. *¿Por qué no separarlos, desviarlos, extraerlos, concentrarlos y volverlos específicos para el estudiante especializado en periodismo?*

El concepto de la especialización está en todas partes. Un abogado puede ser un abogado inmobiliario, un abogado penalista, un abogado societario o, incluso, un abogado penalista-societario. Antes, el médico de familia trataba cualquier achaque. Ahora hay especialistas para ojos, oído, garganta o dientes; para hombres, mujeres o niños; incluso para enfermedades imaginarias; para cada posible variedad de consulta. También se da la especialización en las propias redacciones de los periódicos. El redactor de un periódico de Nueva York dedicado a la sección editorial se sorprende tanto como el público cuando lee las noticias de la mañana. El redactor de noticias no sabe qué editoriales habrá. El crítico musical no es capaz de escribir sobre eventos deportivos. El tipo del inestimable sentido del humor no sabe registrar ni interpretar los movimientos bursátiles. Las personas que ocupan esos puestos son especialistas. El objetivo de la facultad de Periodismo será excavar en ese esquema general que pretende cubrir todas las carreras, trabajos o profesiones del mundo para seleccionar y concentrar aquello que el periodista quiere, y no malgastar tiempo en lo que no quiere.

Diferencias de clase. ¿Por qué no?

Objetan que una facultad de periodismo creará diferencias de clase en la profesión: una diferenciación injusta entre los pocos que se hayan beneficiado de la formación universitaria y los muchos que no disfruten de esa ventaja. Yo espero de verdad que cree una diferenciación entre los aptos y los ineptos. Los periodistas necesitamos un sentimiento de clase: uno basado no en el dinero, sino en la ética, la educación y la reputación.

Aún quedan algunos lugares en los que el dinero no lo es todo, y se trata de aquellos a los que los hombres acceden a través de un vínculo de asociación honorífica. En West Point, el cadete aprende el honor y el orgullo de su profesión. Sabe que ninguno de sus camaradas va a mentir, engañar ni hacer nada que no sea propio de un caballero, y el placer que siente con esa relación compensa totalmente su irrisorio sueldo. Conoce a miles de personas corrientes, mucho más prósperas que él, que viven en un lujo mucho mayor. Sin embargo, no cambiaría su vida ni su círculo social por los de ellas. ¿No es posible aspirar a que, en un futuro, una educación parecida cree un sentimiento de camaradería similar entre los periodistas, el mismo orgullo por su profesión, la misma determinación de no hacer nada «impropio de un oficial y caballero»? ¿Por qué no?

El periodista tiene un puesto que sólo le pertenece a él. Sólo él tiene el privilegio de moldear las opiniones, llegar a los corazones y apelar a la razón de cientos de miles de personas diariamente. Esta es la profesión más fascinante de todas. El soldado puede tener que esperar cuarenta años para tener su oportunidad. La mayoría de los abogados, médicos y clérigos mueren en la oscuridad. Pero cada nuevo día es una oportunidad para el periodista que cuenta con la confianza de la comunidad y puede dirigirse a ella.

Pero el periodista todavía trabaja solo. Si es un licenciado universitario, acude a las asociaciones de la facultad como licenciado, no como periodista. Nunca habla de otro periodista

refiriéndose a él como «mi colega», tal y como lo hace el abogado o el médico al referirse a su hermano profesional. Casi nunca se ve con otros periodistas. Pero si, en el futuro, los redactores de la ciudad fueran en gran parte licenciados por la misma universidad y tuvieran un lugar de encuentro profesional reconocido en el que reunirse de manera informal para debatir cuestiones de interés común, ¿no desarrollarían al final un orgullo profesional que les permitiría trabajar unidos por el bien común y poner a las ovejas negras de la profesión en una situación incómoda? Un espíritu así sería la garantía más segura contra la influencia de los intereses económicos en la prensa, un peligro que no es, ni mucho menos, imaginario.

Si existiera ese sentimiento de clase, ningún redactor que se hubiese rebajado a convertirse en el mercenario de algún rey o círculo de Wall Street se atrevería a presentarse ante sus colegas. Estaría demasiado avergonzado por haberse traicionado a sí mismo y a las tradiciones de sus colegas y su profesión. Entonces sería imposible para los Huntington o Gould del futuro comprar un periódico, algo factible cuando están en juego cientos de millones y no hay ningún fuerte sentimiento de grupo ni unos principios que lo eviten. Saber que un reputado periodista rechazaría trabajar para cualquier periódico que representase intereses individuales frente al bien común sería suficiente para poner freno a esa actividad. Un rechazo así supondría un golpe a la confianza del público en dicho diario semejante al que ahora representa para el prestigio de un caso en los tribunales que un abogado altruista rechace su expediente.

No, las diferencias de clase basadas en una superioridad moral y mental —en la educación y los conocimientos— no tienen nada de malo. A la vista de la predominante obsesión por ganar dinero, necesitamos más divisiones de clase de ese tipo. Millones de profesores constituyen una clase así, con un sueldo pequeño, pero con la consciencia de perseguir una profesión noble. Esas distinciones son especialmente necesarias en una república que ha

desechado todo en favor de la categoría y el título, y en la que los méritos personales son ya lo único capaz de luchar contra el culto a la riqueza.

¿Se ha probado a hacer el experimento?

Objetan que las escuelas de periodismo ya se han probado y han fracasado. Eso es una frivolidad y, aunque técnicamente es cierto, en la práctica no lo es. Hay personas sentadas en despachos mugrientos que prometen la producción de periodistas por encargo. Existen unas más que pretenciosas academias a distancia que explican, seguro que correctamente, cómo leer pruebas de imprenta y redactar artículos para la prensa. Incluso se han celebrado en universidades de prestigio algunos seminarios en los que caballeros con una mayor o menor experiencia periodística han expuesto algunas ideas generales sobre las necesidades de la profesión. Y ese ha sido hasta el momento el liliputiense esfuerzo en pos de una educación superior en periodismo.

En caso de que eso haya podido tener algún efecto, habrá sido el de convencer al estudiante de que haría mejor en escoger otra profesión. Uno de esos conferenciantes, un director de revista de enorme éxito y capacidad, dedicó su tiempo a explicar el valor de la ficción y el «mercado» del relato corto. Habló de la prensa exclusivamente desde el punto de vista comercial, y no hizo ni una sola referencia a su aspecto ético.

Se ha mencionado la escuela de periodismo de Londres, comparándola con la institución que se propone en Columbia. No quisiera menospreciarla, pero acoge tan sólo a unos diez chiquillos (no universitarios, sino meros colegiales), y toda su dotación se reduce a una beca de viaje. Puedo mencionar, en este sentido, que en Columbia habrá cinco becas de viaje. Es absurdo comparar una escuela para niños o unas cuantas conferencias desgastadas con una facultad financiada y equipada de forma abundante y

permanente, y perteneciente a una gran universidad. La educación en Periodismo aún no ha tenido una oportunidad como es debido para demostrar de lo que es capaz. Esta nueva institución será la primera experiencia de su clase.

¿Cómo encontraremos a los profesores?

Objetan que no se van a encontrar profesores competentes, sin los cuales hasta el más ingenioso plan de estudios está condenado a fracasar. Confieso que esa es la dificultad y el peligro mayor y más importante. Como en cualquier otra facultad, debemos primar una combinación entre la más alta capacidad y reputación y la aptitud y la vocación por la enseñanza. Esta es una cuestión que ya de por sí no resulta sencilla, como bien sabemos por las dificultades que tienen las universidades para encontrar profesores adecuados.

No obstante, necesitamos algo aún más fuera de lo común. Los profesores de periodismo deberían ser también redactores con experiencia. Pero ¿cómo vamos a sacar, en la flor de la vida, a un buen periodista de su actividad, de la profesión en la que su poder tiene un enorme alcance y sus servicios son tan demandados?

La dificultad de obtener a las personas adecuadas a costa de sacarlas de su actividad es un problema que nos sugiere la posibilidad de apoyarnos en los periodistas ya retirados, que ya no pueden formar parte de la agotadora vida de una redacción. Pero yo espero que todo el gremio vea en esta cuestión un llamamiento al honor y al orgullo. Espero que las mismas dimensiones del problema provean su propia solución, al conseguir el cordial interés y la ayuda de hombres poderosos y enérgicos que no perderían el tiempo trabajando en lo que otros pueden hacer. Tales hombres no serían capaces de rehuir la responsabilidad de su autoridad, y tampoco creo que lo hicieran si pudiesen.

Los mejores pintores de París visitan las escuelas de arte y critican el trabajo de los alumnos. Los maestros de la abogacía de

Nueva York dan conferencias en las facultades de Derecho. ¿Por qué los mejores periodistas no habrían de sentir el mismo orgullo y desprendido amor por su profesión? De su generosa empatía y de su ayuda dependerá el éxito de este experimento.

Pero no nos limitaremos a buscar entre los periodistas. Historiadores como McMaster, Wilson y Rhodes, rectores de universidad como Eliot, Hadley y Angeli y magistrados como Fuller, Brewer y Gray podrían ayudar con charlas y sugerencias. Para un magistrado del Tribunal Supremo no es extraño ofrecer una conferencia en la universidad. El juez Story lo hizo en Harvard; el juez Field, en la Universidad de California; Harlan y Brewer lo hacen actualmente en la Universidad de Columbia, en Washington. Ni siquiera los ex presidentes han encontrado denigrante esa labor. Harrison dio conferencias en Standford, Cleveland y Princetown. Y seguro que las mejores mentes de la nación se dan cuenta de lo indisolublemente unida que está una república pura con una prensa honesta. Confío plenamente en que el orgullo nacional los obligará a hacer lo que esté en su mano en favor de la elevación de un organismo que, para bien o para mal, afecta tantísimo al destino de la Unión.

Cosas que no se pueden enseñar

Nuestro gusto mejora exactamente de la misma forma en que mejoramos nuestro juicio: mediante la ampliación de nuestro conocimiento, mediante una atención constante hacia nuestro objeto y mediante un ejercicio frecuente.

EDMUND BURKE^[5]

Objetan que hay cosas que una facultad de Periodismo no puede enseñar. Lo reconozco. Ninguna facultad puede dar imaginación, iniciativa, impulsos, entusiasmo, sentido del humor o ironía. Esas

cosas son innatas. Pero esas cualidades innatas, ¿no se desarrollarían y fortalecerían en el contexto de dicha facultad? ¿No se observa continuamente un desarrollo de dichas cualidades innatas a lo largo de la vida intelectual? Bien es cierto que el poeta nace, no se hace. Y lo mismo ocurre con un buen orador o un gran pintor. Pero el gran poeta, ¿no dirige y cultiva su genio innato devorando por instinto, y ya desde niño, toda la poesía que llega a sus manos? Keats escribió «Anhelo tanto devorar a Homero como ya lo hicimos con Shakespeare y como lo he hecho recientemente con Milton»^[6]. Oradores como Demóstenes, Cicerón, Burke o Webster, ¿no declamaron las obras maestras de la oratoria y de la retórica? Van Dyck y todos los demás grandes pintores, ¿no se beneficiaron del cuidadoso estudio de las obras de sus grandes predecesores en el arte? Con esos hechos en mente, ¿no podemos esperar que el estudiante de Columbia, al vivir en un ambiente periodístico, al tener siempre frente a él los mejores modelos e ideales del periodismo, llegue a obtener el mayor provecho de cualesquiera que sean sus latentes o innatas habilidades?

Yo creo que cuanto más se empeñan los críticos en demostrar que algunas cosas no se pueden enseñar, más manifiestan la necesidad de enseñar todo aquello que *sí* se puede. Eso es todo lo que cualquier tipo de enseñanza puede hacer, y ya es bastante. La educación es desarrollo, no creación. Si su valor dependiera de su capacidad para crear de la nada cualidades mentales, todas las instituciones educativas, desde las guarderías hasta las universidades, tendrían que cerrar sus puertas, y todos los educadores se quedarían sin empleo.

En resumen, ¿no es cierto que todos los trabajadores intelectuales, ya sean creativos o imitativos, intentan empaparse de su ambiente de trabajo? ¿Y no es razonable pensar que nuestros estudiantes se beneficiarían de alguna forma de vivir y trabajar durante unos años en el ambiente de la enseñanza periodística?

Por último, objetan que yo mismo he demostrado que no hace falta una facultad de Periodismo por el hecho de haber tenido éxito

sin pasar por una. Espero que se me permita opinar sobre ello, pues resulta ingenioso utilizarme como obstáculo para mi propio plan. Si he tenido algún éxito ha sido porque, en lo que respecta a mi trabajo individual o al placer, nunca me he tomado el periodismo como un negocio. Desde mi primera hora de trabajo, y a lo largo de los casi cuarenta años que han seguido después, he considerado el periodismo no sólo como una profesión, sino como la más noble de todas las profesiones. Siempre he sentido que estaba en contacto con la mente del público y obligado a hacer algo bueno cada día. Probablemente haya fracasado, pero no ha sido por falta de esfuerzo.

Lo que *no* debería enseñarse

La oportunidad del periodista está infravalorada. A él se le dan las llaves de todos los estudios, la entrada a todas las familias, el oído de todos los ciudadanos cuando están más tranquilos y en el más receptivo de los estados de ánimo: tiene un poder de acercamiento y de persuasión superior al de un pastor protestante o un confesor católico. No es ni mucho menos un profeta, pero, dicho sea con todo respeto, es una voz en el desierto, preparando el camino. No es ni mucho menos un cura, pero su voz llega más lejos que la de este, y predica el evangelio de la humanidad. No es un rey, pero cultiva y entrena al rey, y el país se dirige a través de la opinión pública que él evoca y modela. Si valoras este buen país que el Señor nos ha dado, si tomarías parte en esta civilización maravillosa y en este inspirador poder de la humanidad, pon buen cuidado en la educación y la formación de tu rey.

No hay que enseñar composición tipográfica. No hay que enseñar los métodos de administración de empresas. No hay que reproducir, con cambios triviales, el plan de estudios de una escuela de comercio. Esa no es la función de la universidad. Eso no necesita ninguna financiación. Lo que es preciso enseñar es la idea del trabajo por la comunidad y no para la venta, para el público y no para uno mismo. La escuela de Periodismo, desde mi punto de vista, no debe limitarse a evitar ser comercial; debería ser anticomercial. Debe enaltecer los principios, el conocimiento y la cultura en detrimento de los negocios, si es necesario. Debe crear ideales, mantener la contabilidad en el sitio que le corresponde y convertir el alma del director en el alma de la publicación. A este propósito diré que no he pasado ni una hora en ninguna de las redacciones del *St. Louis Post-Dispatch* ni el *The World*, a pesar de haberlos fundado y seguir siendo el dueño de ambos.

El programa que el rector Eliot ha esbozado con admirable rapidez, aunque con suma cautela, se ha debatido en profundidad como si ya hubiera sido aprobado. En él incluía formación sobre la administración empresarial de un periódico, mencionando específicamente temas como las tiradas, la publicidad, la producción y la financiación.

Mis ideas sobre muchas de las partes de ese plan de estudios son vagas, pero en lo que se refiere a este punto son más que firmes. Tengo claro que si mis deseos se toman en cuenta, la enseñanza de temas comerciales de cualquier tipo no formará parte, ni debería hacerlo, del programa de la Escuela de Periodismo.

El Consejo Asesor, que no ha sido formado aún, decidirá el plan de estudios trabajando conjuntamente con las autoridades de la universidad.

Siento la mayor admiración por el extraordinario talento y la personalidad del rector de Harvard, pero nada está más lejos de mis

ideas —de hecho, nada es más inconsistente ni más incompatible con mis intenciones y repugnante a mis sentimientos— que el hecho de incluir cualquiera de los aspectos comerciales o empresariales de un periódico en lo que se va a enseñar en este departamento de la Universidad de Columbia.

¿Qué es una facultad de Periodismo? Es una institución para formar a periodistas. ¿Qué es un periodista? No es ni un director de empresa ni un editor, ni siquiera un propietario. Un periodista es un vigía en el barco del Estado. Anota el velero que pasa, los detalles de interés que salpican el horizonte cuando el tiempo es apacible. Informa del naufrago a la deriva que puede ser salvado por el barco. Se esfuerza en ver a través de la niebla y las tormentas, para avisar de los peligros que se avecinan. No se preocupa de su paga ni del beneficio de los propietarios. Está ahí para procurar la seguridad y el bienestar de la gente que confía en él.

Pocos hombres de la administración de un periódico saben algo de los principios del periodismo. El mismo dueño no tiene por qué ser un periodista. Podría serlo si fuera capaz de comprender los temas sociales, sopesar los intereses de la audiencia y desempeñar un servicio público. O si está en contacto con el sentir público y es consciente de sus deberes, si se solidariza con el bienestar social y si es capaz de presentar sus ideas al mundo a través de su propia pluma o de las de otros. Pero cabe imaginar que a algunos propietarios se les den bastante mal estas tareas.

Mi anhelo es que esta Escuela de Periodismo eleve la calidad de la profesión. Pero para que así sea se debe establecer la diferencia entre los periodistas de verdad y aquellos hombres que, trabajando en un periódico, no hacen nada que requiera conocimientos ni convicciones, sino simplemente una formación empresarial. Me gustaría comenzar un movimiento que elevara el periodismo a la categoría de profesión aprendida y consiguiera un respeto por parte de la comunidad igual al que han conseguido otras profesiones mucho menos importantes para los intereses públicos.

Hay una diferencia evidente entre un negocio y una profesión. Un redactor, un editorialista o un corresponsal no hacen negocios. Ni siquiera un buen reportero los hace. Esos hombres son ya profesionales, aunque quizá no lo admitan o no lo sepan, como desafortunadamente suele suceder. Para bien o para mal, representan una autoría, y ser autor es una profesión.

El hombre de la contaduría de un periódico está en el negocio de la prensa. Concentra su esfuerzo mental (de forma bastante legítima) en el aspecto comercial de las cosas: en el margen de beneficio, en la reducción de costes, en comprar papel en blanco y venderlo impreso. Y eso es el negocio. Pero un hombre que tiene la ventaja, el honor y el placer de dirigirse al público cada día como escritor o pensador es un profesional. De igual forma, por supuesto, lo es quien dirige a esos escritores y reporteros, quien les dice qué decir y cómo decirlo, quien les enseña su manera de pensar, quien los inspira a pesar de que quizá nunca escriba ni una sola palabra, y quien decide los principios y los propósitos del periódico. Por ejemplo, el mejor director de la historia del periodismo europeo, John Delane, no escribió jamás un solo artículo, a pesar de que durante treinta y seis años fue la cabeza, el corazón y el cerebro del *London Times*. Sin embargo, dirigía a todos los escritores, proporcionaba el pensamiento, la política y la iniciativa, cargaba con la responsabilidad y corregía los manuscritos y las pruebas de imprenta.

Quizá sea interesante mencionar al respecto que Delane estudió Derecho y fue admitido en el colegio de abogados antes de convertirse en director del periódico a los veinticuatro años. Pero lo hizo sin ninguna intención de ejercer. Gracias a su padre, que era abogado del *Times*, empezó a trabajar en el periódico desde niño, y entró a formar parte del equipo de reporteros en cuanto terminó sus estudios jurídicos. Delane, con sus revisiones, eliminaciones y sustituciones editoriales, actuaba como uno de aquellos grandes pintores de antaño, cuya obra, en su mayor parte, era terminada por sus discípulos. Rubens, Van Dyck o Rafael creaban la idea, el

diseño, la composición y el dibujo original, y sus alumnos hacían el grueso del trabajo. Tras ello, el artista añadía los toques finales que elevaban el cuadro a la categoría de obra maestra. Sólo así se pudo producir la enorme cantidad de obras atribuidas a estos maestros. De la misma manera ocurrió con Delane, y así sucede con todos los directores que saben sacar partido de sus facultades.

No se puede negar el hecho de que un periódico debe ser también un negocio a pesar de su importante papel como institución pública y maestro de la mayoría. Pero eso no es nada excepcional. Hay elementos propios de un negocio, de la economía, como los ingresos y los gastos, en el gobierno de la ciudad, de las regiones y de la Nación; también en el arte, en las escuelas, en los institutos, en las universidades e incluso en las iglesias. Pero un obispo, a pesar de que reciba dinero por lo que hace, no es considerado un hombre de negocios, como tampoco lo es un gran artista, a pesar de que cobre lo máximo posible por sus pinturas y muera tan rico como Meissonier o Rubens. Muchos abogados de prestigio, como el señor Tilden —uno de los mejores—, fueron inteligentes hombres de negocios y capaces, seguramente, de superar a la mayoría de los editores, y aun así eran justamente considerados como miembros de una profesión intelectual.

George Washington tenía una extraordinaria habilidad para los negocios. Mediante una aplicación inteligente de la economía y la planificación, un juicio sensato y una gran atención al detalle acumuló la fortuna más grande de su época en América. Sin embargo, cuando fue llamado a servir al país en el campo de batalla lo hizo sin un sueldo. En Mount Vernon era un hombre de negocios. En la historia, un soldado, un hombre de Estado y el padre de su país.

En resumen, tanto el banquero y el agente de bolsa como el panadero y el fabricante de candelabros hacen negocios, comercian. Pero el artista, el hombre de Estado, el pensador y el escritor —todos aquellos que están en contacto con el gusto y la

mente del público, y cuyos pensamientos perduran más allá de sus vidas por el interés de la sociedad—, tienen una profesión liberal.

Los peligros de la plutocracia y la demagogia

Nuestra mejoría es proporcional a nuestra determinación.

MARCO AURELIO

Nada menos que los más altos ideales, el más escrupuloso afán por hacer las cosas bien, el conocimiento más minucioso de los obstáculos y el más sincero sentimiento de la responsabilidad moral salvará al periodismo de la sumisión a los intereses económicos que buscan fines egoístas, antagónicos al bien social. Por ejemplo, Jay Gould fue propietario una vez del principal periódico demócrata de Estados Unidos. Se lo compró al Coronel «Tom» Scott a cambio de la Texas & Pacific Railroad^[8], y yo tuve la suerte de poder liberarle de esa carga tan poco rentable. C. P. Huntington compró un periódico de Nueva York y lo convirtió en un órgano del Partido Demócrata, siendo, al igual que Gould, un ardiente republicano. Esperaba así influir en la administración Cleveland y en los demócratas del Congreso para que no le hicieran pagar a la Union Pacific Railroad^[9] sus deudas con el Gobierno, que ascendían a unos 120 millones de dólares. Casualmente, declaró bajo juramento que su experimento periodístico le había costado más de un millón de dólares, a pesar de que su periódico era tan poco conocido que sus textos apenas eran algo más que soliloquios. Aun así, Huntington consiguió retrasar varios años la reclamación de la deuda por parte del Departamento del Tesoro.

Si el control plutocrático de los periódicos para usarlos con vergonzosos fines individuales puede ser peligroso, igual de evidente es el mal que supone el control de los mismos por demagogos con propósitos ambiciosos y egoístas. El pueblo sabe,

gracias a su instinto infalible, cuándo un periódico se dedica a satisfacer intereses privados y no públicos. Así, su rechazo a comprarlo limita la capacidad que tiene el mismo de hacer daño. Pero cuando un agitador demagógico hace llamamientos a «las masas» en contra de «las clases» y se hace pasar por fervoroso defensor del pueblo contra sus «opresores», atacando a la ley, el orden y la propiedad como medio para ganar seguidores entre los descontentos y los irreflexivos, entonces el periódico se convierte en una peligrosa arma para el mal.

El comercialismo tiene un lugar legítimo en un periódico, concretamente en el departamento de administración. Cuanto más éxito comercial tiene una publicación, mejor para su faceta ética. Cuanto más próspera sea, más independiente se podrá permitir ser, mejores sueldos podrá pagarles a sus redactores y reporteros, mayor capacidad tendrá para resistir la tentación y mejor podrá afrontar las pérdidas provocadas por seguir sus principios y convicciones. Sin embargo, el comercialismo, aun siendo necesario y adecuado en la administración, se convierte en una degradación y en un peligro cuando invade la sala de redacción. Una vez que se permite que el público considere la prensa exclusivamente como un negocio comercial, se termina su influencia ética. El poder de influencia no puede existir sin la confianza del lector. Y esa confianza debe tener una base humana. Debe descansar en la personalidad del periodista. El director, el verdadero «periodista» del futuro, debe ser un hombre del que se conozca su integridad para no escribir ni editar nada que vaya en contra de sus convicciones. Debe ser reconocido como un hombre que dimitiría antes que renunciar a sus principios por intereses económicos. Sería bueno que el director fuera también el dueño del periódico, pero al menos todos los directores pueden ser dueños de sí mismos. Si no pueden evitar la degradación del periódico, al menos pueden negarse a formar parte del proceso.

Una gran mayoría de la prensa estadounidense es honrada, pero parcial. Quiere actuar correctamente, pero necesita saber cómo.

Fortalecer su resolución y dotar a su sabiduría de la base indispensable de conocimientos y de una personalidad independiente es el objeto de la formación en Periodismo.

El avance del progreso

Sólo conozco dos maneras de gobernar una sociedad: una es mediante la opinión pública, y la otra, mediante la espada.

MACAULAY

En un interesante repaso a sus setenta años de vida, el diario neoyorquino *The Sun* estimó que, en el momento de su fundación, la tirada de los seis periódicos matinales que había en Nueva York era de 18.000 copias diarias. Desde entonces cuatro de esos seis diarios han desaparecido, y otros nuevos han visto la luz: *Tribune*, *Times*, *Herald* y *World*.

Hoy en día, los periódicos matutinos de Nueva York tiran más de un millón de copias de cada número. Los días laborables, habría que añadir al menos otro millón y medio de ejemplares de los periódicos vespertinos, que no existían hace setenta años. En otras palabras, por cada diario vendido en Nueva York en 1833 se venden ahora 140 a una población catorce veces mayor. Donde solía haber tres familias por periódico, ahora hay tres periódicos por familia.

Aún quedan personas en la actualidad que pueden recordar esos tiempos de hace setenta años. En 1833 Andrew Jackson era presidente. Estados Unidos sumaba en su totalidad una población menor de la que actualmente hay en los estados de Nueva York y Pensilvania, y una riqueza muy inferior a la que se concentra hoy en un radio de media milla alrededor de Trinity Church. No había ningún asentamiento americano al oeste del río Misuri, y unas pocas cabañas eran las únicas señales de civilización en el lugar que ahora ocupa Chicago. La ciudad de Nueva York era más pequeña

de lo que Detroit lo es ahora. Washington era una ciénaga en la que los carruajes se abandonaban hundidos en el barro de Pennsylvania Avenue^[10] y las vacas pastaban donde ahora se encuentra la Embajada Británica. Ha pasado una generación desde que Jackson renunciara a su escaño en el Senado porque tardaba casi seis semanas en llegar desde Filadelfia, que por aquel entonces era la capital, hasta su casa —más tiempo del que tomó el año pasado dar la vuelta al mundo—, aunque aún hay senadores que no encuentran el viaje a Washington mucho más corto. Todavía había barcos de vapor en los ríos navegables, y las diligencias sobre raíles impulsadas por motores de vapor acababan de empezar a asombrar a los habitantes de algunas localidades privilegiadas. El caballo seguía siendo el medio más común para el transporte de alta velocidad, y la mula y el buey, las máquinas de carga habituales. La «acequia de DeWitt Clinton»^[11], que cruzaba el estado de Nueva York, era el milagro comercial de la época. Los habitantes de Virginia eran desconocidos para los de Pensilvania, y el viaje de Filadelfia a Pittsburg era más largo y mucho más arduo de cuanto lo es ahora el viaje de Boston a Ciudad de México. El agricultor cosechaba el grano con la guadaña y la horquilla, y lo trillaba con un mayal o bajo las patas de los caballos. Las lámparas de aceite de ballena brillaban trémulamente en la oscuridad de las calles de la ciudad. Los clavos se fabricaban a mano en la forja del herrero. En los pueblos, un vestido de percal era un lujo que se reservaba para las ocasiones solemnes. Las universidades eran pocas e insignificantes. Harvard, la más ambiciosa de ellas, era un instituto en el que unos pocos profesores enseñaban latín, griego, filosofía moral y algo de matemáticas, desembocando casi siempre en una carrera de teología. No había ni una sola universidad de verdad en Estados Unidos. No había buenas bibliotecas.

En las mejores imprentas de aquella época, y durante muchos años, era preciso meter las hojas de papel a mano, una a una, imprimirlas por un lado y después meterlas de nuevo para imprimirlas por el otro. Ni siquiera todas las imprentas que

funcionaban entonces serían capaces de imprimir una sola edición de un periódico importante de la Nueva York de nuestro tiempo, que gira entre los cilindros de una rotativa Hoe en innumerables rollos de papel a la velocidad de las cataratas del Niágara. Ni todas las papeleras que por aquel entonces había en el país habrían podido atender la demanda de papel de un periódico semejante. Todas las agencias de noticias del mundo se habrían descompuesto completamente si hubieran intentado facilitar siquiera una parte de la información que hoy suministran a diario. Cualquiera habría sido tachado de excéntrico «visionario» si hubiese sugerido que ya habían nacido niños que vivirían para leer noticias enviadas de Tokio a Nueva York mediante relámpagos e impresas antes de que ocurriesen; o para ver en la misma página notas con la misma fecha provenientes de la India, de Siberia, de Australia, de Corea y de las fuentes del Nilo; o que serían capaces de hablar de viva voz desde Boston con alguien en Omaha; o que verían periódicos impresos en barcos mientras surcan el Atlántico, con noticias que cabalgasen a lomos de ondas invisibles a través de miles de millas de océano; o que podrían desayunar en Nueva York y cenar en Londres una semana después.

Y eso en cuanto a los setenta años que un anciano puede recordar. ¿Qué decir de los otros setenta que le esperan a un niño? La población de la República sigue creciendo a un ritmo que equivale a algo más de lo que supondría anexionar un país como Canadá cada cuatro años. Nueva York promete desbancar a Londres como la ciudad más grande del mundo en unos veinte o treinta años. Casi un millón de inmigrantes llegaron el año pasado: la marea humana más grande de la historia moderna. Ya hay trenes eléctricos que alcanzan una velocidad de 150 millas por hora: un avance equivalente para el tren de 1904 al que este supuso frente a las diligencias de 1833. La telegrafía inalámbrica está en su más tierna infancia, y la radio promete cosas increíbles. Las naciones se están acercando unas a otras. La Unión Postal General^[12] y las convenciones internacionales sobre propiedad intelectual, tarifas,

arbitraje y otros temas de interés común le están enseñando a la gente que resulta tan fácil cooperar como discutir. Si siguiese tan sólo el ritmo de crecimiento más bajo de todos los que hemos visto en un periodo censal, dentro de setenta años la población de Estados Unidos no sería menor de 290 millones de personas. Incluso considerando una disminución razonable de la velocidad de crecimiento, a duras penas bajaría de los 200 millones.

Estamos embarcados, nos guste o no, en una revolución de nuestra forma de pensar y vivir. El progreso avanza con creciente velocidad, hasta el punto de haberles sacado más de una cabeza de ventaja en unas pocas décadas a todos los avances que se han dado en siglos y en milenios. Todas las profesiones, todos los oficios excepto uno, están caminando al compás de ese avance majestuoso. Su inspiración ha llenado de entusiasmo a todas las filas de este ejército que avanza. ¿O deberíamos exceptuar a los abanderados? ¿Qué están haciendo quienes se autoerigieron en líderes e ilustradores del pueblo? ¿Se quedan quietos, ensimismados en su propia admiración mientras avanzan las huestes? ¿O ni siquiera están haciendo eso? ¿No es un hecho que los redactores de hace setenta años estaban, por norma general, mejor informados que los de ahora sobre derecho, política, gobierno e historia? Los hombres de Estado, los abogados y los estudiantes de Políticas que hacían trabajos periodísticos por ambición o por placer intelectual han dejado de frecuentar las redacciones. No hay industria tan modesta como para no desarrollar unos estándares de competencia progresiva basados en una sólida formación. En las profesiones más intelectuales (derecho, medicina, arte, arquitectura, música y todas las ramas de la ingeniería) los años de preparación se alargan durante periodos interminables.

¿Debe limitarse a lo que ofrece la educación autodidacta la profesión más exigente de todas, la que requiere los conocimientos más amplios y profundos y los más firmes cimientos del carácter? ¿Es acaso el hombre que ejerce como crítico y profesor de todos los demás el único que no necesita ser educado en su profesión?

¿Qué hay que enseñar, y cómo?

Él (Gladstone) nunca estaba preparado para hablar sobre sí mismo, pero cuando le preguntaban cuál era su gran secreto, siempre contestaba: «La concentración». La práctica constante de la atención instantánea, fija y eficiente.

JOHN MORLEY

Estilo: todo el mundo dice que una facultad de Periodismo debe enseñar el buen estilo de la lengua inglesa. Pero ¿qué es un buen estilo, y cómo se debe enseñar?

La importancia y la excepcionalidad del buen estilo en lengua inglesa son tan grandes que, en mi opinión, esta facultad valdría lo que cuesta si consiguiera enseñar a las futuras generaciones de periodistas lo que es un maravilloso estilo artístico y cómo perfeccionarse en él.

«El estilo es el hombre», dijo Buffon refiriéndose, obviamente, a que lo mejor de la escritura de un hombre es aquello que resulta individual, lo que expresa su propia opinión y lo hace a su manera. Pero lo importante es desarrollar el estilo de cada hombre de manera que pueda adecuarse a los requisitos de la mejor redacción periodística, es decir, a la precisión, la claridad, la concisión y la contundencia.

El arte literario se enseña en este país, por lo general, de forma muy inadecuada, y se valora muy poco. Ningún artista aspira a triunfar sin unos conocimientos sobre la forma, el color y el dibujo. Pero uno sólo tiene que leer los periódicos y los innumerables libros que se publican para darse cuenta de que muchos autores se han atrevido a empezar su carrera sin haber aprendido a escribir.

No hay otra profesión en la que el arte de la escritura sea tan importante como en la del periodista: consiste en producir literatura a diario (efímera, es cierto, y en gran parte mala, pero sigue siendo la literatura de las masas). Sin embargo, un solo estilo no satisface

las múltiples necesidades de un periódico. Debe haber un estilo diferente para cada tipo de trabajo (polémico, descriptivo, analítico, literario, satírico, expositivo, crítico, narrativo), y la mente del director, como el buen oído musical, debe detectar las notas que no están en su sitio. Un editorial argumentativo sobre un arancel no debe escribirse en el tono que sería apropiado para la conmovedora descripción de una madre que busca a su hijo desaparecido. Tampoco debe parecerse una disección satírica de un político a un informe sobre un caso de bancarrota.

Pero a través de todos los estilos que encajan en un periódico pasa una característica común: el interés público. Ya sea un tema profundo o banal, el periodista no debe ser aburrido, enrevesado ni difícil de entender. Debe saber qué quiere decir, cómo decirlo y... cuándo terminar. Debe tener una precisión y una lucidez galas. Debe tener grandes facultades críticas, ya que todo trabajo periodístico comprende crítica y análisis. El periodista critica todo cuanto hay bajo el sol. Sus ojos siempre están en el microscopio de la mente, y sus manos, en el bisturí.

Los periodistas perspicaces van formando gradualmente sus propios estilos a través de la observación y la práctica. Nunca podrán ser liberados de esa necesidad por ningún intento de encontrar un estilo prefabricado para ellos. Pero ¿no se les podría ayudar con un programa de estudios que les explicase sistemáticamente lo que el periodismo necesita, a través de ejemplos de buenos y malos trabajos?

El Derecho

El periodismo honesto e independiente es la fuerza más poderosa que la civilización moderna ha desarrollado. Con todos sus defectos (¿y qué creación humana es perfecta?), resulta indispensable en la vida de un pueblo libre. Las

fronteras de la inmunidad constitucional de la prensa son tan grandes como el pensamiento humano, y una de las glorias de nuestro país es que su periodismo es, en su totalidad, incorrupto, intrépido y patriótico. Es el inagotable enemigo del fanatismo, del separatismo, de la ignorancia y de la delincuencia. Se merece la libertad que le dieron nuestros padres. Se ha justificado a sí mismo.

ALTON B. PARKER, PRESIDENTE DEL TRIBUNAL DE
APELACIÓN DE NUEVA YORK

Todo el mundo dice que se debe enseñar Derecho. De eso no cabe duda. Pero ¿cómo hacerlo?

Existen muchas ramas del Derecho. Derecho internacional, derecho constitucional, derecho corporativo, derecho contractual, el derecho inmobiliario, el de los testamentos, las patentes o el divorcio, el derecho penal y un montón de temas más, cada uno de los cuales cuenta con la atención casi exclusiva de expertos legales que se han convertido prácticamente en especialistas.

A un estudiante de periodismo le resultaría imposible tratar de dominar todas las facetas del Derecho tal y como se enseñan en una facultad de Jurisprudencia. Y no sería necesario. Aquí, de nuevo, la idea fundamental que subyace al proyecto completo de esta facultad, de esta *especialización de la enseñanza* parece ser esencial. El estudiante medio de Derecho debe aprender no sólo la base, sino también la práctica y los precedentes de su profesión. Pero el periodista sólo necesita conocer la base y la teoría del derecho, así como las partes de su aplicación que conciernen directamente a los derechos y el bienestar del público. El arte de la selección debe emplearse en separar lo esencial y lo práctico de lo accesorio y lo poco práctico.

Tomemos el caso de las concesiones, que se han convertido en algo muy importante tanto para los municipios como para la totalidad

del país. ¿No instruirían una serie de conferencias especiales preparadas por un jurista competente a aquellos que quieren convertirse en maestros y guardianes del pueblo acerca de los límites adecuados y naturales de las concesiones públicas? Una definición clara de la naturaleza y las responsabilidades de una «empresa de transportes» y de los límites y condiciones que hay que imponer a las empresas que buscan utilizar la propiedad pública (como las calles de una ciudad) para obtener un beneficio privado sería una gran ventaja para quienes estén llamados a proteger el interés general en el futuro.

En los periódicos hay muchas denuncias —la mayoría, hay que confesarlo, son ignorantes o demagógicas, o ambas cosas— contra el monopolio. ¿Cuántos conocen el hecho fundamental de que los monopolios opresivos resultan abominables para el derecho consuetudinario que heredamos de Inglaterra? ¿Cuántos conocen la diferencia entre el derecho estatutario y el derecho consuetudinario? El presidente Cleveland, el presidente Roosevelt e incluso el astuto Olney consideraron que era necesaria una enmienda constitucional para permitirle al Congreso la prohibición y el castigo de los «trusts, monopolios y otras conspiraciones para limitar el comercio». Pero el Tribunal Supremo ha decidido con frecuencia, reafirmando así la convicción que he mantenido desde hace catorce años, que, según el Derecho Consuetudinario, esas combinaciones son ilegales y susceptibles de ser restringidas por el Congreso de acuerdo con la Constitución.

Las relaciones del capital y el trabajo —que representan uno de los mayores problemas frente a los que nos encontramos como nación, y uno que está repleto, además, de posibilidades de lo más peligrosas—, así como la propiedad o la regulación de los servicios públicos por parte de los municipios o del país, comprenden muchos factores estrictamente legales o constitucionales. La discusión de esas cuestiones en la prensa resulta demasiado a menudo partidista, superficial o demagógica. ¿No sería una gran ventaja para el público y la prensa que los periodistas tuvieran una

formación acerca de los principios básicos de las leyes y la equidad en esos asuntos? ¿No es factible enseñarles el significado legal de expresiones como «derecho a expropiar», «derechos adquiridos», «el bienestar social» (tal y como se usa en la Constitución) o «inmunidad parlamentaria de las empresas»?

En cuanto al mandato de prohibición (o «Política de Prohibiciones», como ha sido denominado con malicia), ¿no sería instructivo y útil que un buen magistrado como el juez Brewer, James C. Carter o Joseph Choate les diera una charla a los estudiantes de la Facultad de Periodismo sobre ese mandato, dando objetiva cuenta de sus usos, su necesidad y sus posibles límites en un gobierno libre?

Y lo mismo en cuanto al divorcio: la prensa está repleta de escándalos que nacen por una ruptura demasiado fácil de los lazos del matrimonio. El clero condena su maldad, los moralistas indican que la solución es imposible, los legisladores ordenan para desordenar aún más... ¿No llegaríamos a la promulgación de una ley del divorcio nacional, uniforme y estricta, si los futuros periodistas quedaran impresionados por la anomalía de tener cuarenta y cinco leyes diferentes, y muchas veces contradictorias, de matrimonio y divorcio en este país indivisible?

Las cosas fundamentales —los principios básicos del Derecho— que afectan directamente a la vida y el bienestar del pueblo pueden enseñarse sin ninguna duda a través de una serie de conferencias de abogados ilustres y con el apoyo de libros de texto estandarizados. Hace casi cuarenta años, como preparación para entrar en el colegio de abogados de San Luis, no sólo leí a Blackstone, sino que lo *estudié*. Y no ha pasado un solo día en mi carrera periodística en el que no me haya sentido agradecido de haber aprendido los *principios fundamentales* del Derecho.

Un programa de estudios cuidadosamente especializado y adaptado para que el alumno de Periodismo aprenda lo que necesita saber y omita lo que no es necesario para quienes no tengan intención de practicar la abogacía se revelará, en mi opinión,

como algo no sólo totalmente factible, sino también de lo más útil. No existe una asignatura más importante, ya que el Derecho es la base de la civilización, el regulador de la libertad, el guardián del orden, la expresión formal de la justicia de un país; y la justicia es el mayor examen para cualquier gobierno.

Ética

Todo el mundo dice que se debería enseñar Ética. Pero ¿cómo hacerlo?

Muy pobremente me habré expresado si no he dejado claro que ahí se encuentra el quid de todo el asunto.

Sin unos ideales éticos, un periódico podrá ser divertido y tener éxito, pero no sólo perderá su espléndida posibilidad de ser un servicio público, sino que correrá el riesgo de convertirse en un verdadero peligro para la comunidad. Habrá una asignatura de Ética, pero la formación en principios morales no deberá limitarse a eso. Deberá inundar todas las asignaturas. Los ideales, la solvencia moral o los estándares profesionales no se infringirán sin sentir vergüenza. Un sentido del honor que, como dijo Burke acerca de la indigna nobleza francesa, les haga sentir «una mancha como una herida»^[13]: ese será el lema, y no se olvidará ni en el trabajo más práctico.

La noticia es importante: es la propia vida de un periódico. Pero ¿qué es la vida sin moral? ¿Qué es la vida de un país o de un individuo sin honor, sin corazón y sin alma?

Por encima del conocimiento, las noticias y la inteligencia, el alma de un periódico yace en su sentido moral, en su coraje, su integridad, su humanidad, su consideración por los oprimidos, su independencia, su devoción al bienestar público, su anhelo de proporcionar un servicio público.

Sin esos valores habrá periodistas muy listos, pero nunca habrá uno realmente grande u honorable.

Literatura

Todo el mundo dice que un periodista debe estudiar Literatura. Ciertamente, pero ¿cómo hacerlo? Un curso universitario es demasiado corto para constituir la más mínima introducción sobre las grandes obras que un redactor de prensa debe conocer. Pero puede ser un comienzo inteligente y sólido dentro de lo que abarque. El estudiante tendrá suficiente tiempo para familiarizarse íntimamente con algunas obras maestras cuyas redes de imaginación y alusiones se han convertido en parte de la textura del estilo anglosajón.

Espero poder dar por sentado que se prestará especial atención a la literatura política, de Platón a Burke, de las cartas de Junius^[14] a los famosos *Federalist Papers* de Hamilton^[15], de Jefferson a Lincoln.

Verdad y precisión

Todo el mundo dice que hay que enseñarles a los periodistas la importancia de la verdad y la precisión. Pero ¿cómo hacerlo?

El periodismo lleva implícito el arte y el deber de la omnisciencia. Un periódico jamás admite que haya algo que no sepa. Pero mientras que el periódico lo sabe todo, el hombre que ayuda a producirlo no, y, debido a que la capacidad del cerebro humano es limitada, nunca podrá hacerlo.

Así que más importante que llenarle la cabeza con una cantidad de datos que nunca llegarán a suplir sus necesidades es enseñarle el arte de encontrar las cosas cuando las necesita. ¿Que un lector pregunta cuántos billetes fueron emitidos en 1867? El redactor puede no saberlo, pero recurriendo al informe del Interventor de la Moneda puede averiguarlo, y entonces el periódico lo sabrá.

La biblioteca de referencia es la mejor amiga del redactor, y el arte de dirigirse a la primera a la fuente adecuada para obtener la información que se necesite es una de las más útiles que un

periodista puede conocer. Y ¿acaso no es eso algo que se puede enseñar fácilmente en el aula?

La bibliografía de libros de referencia constituiría, al combinarla con la formación en el arte de encontrar datos con rapidez y precisión, un curso universitario bien definido. Siempre hay una buena fuente para cada tipo de información: una fuente original desde la que manan los datos que se filtran a través de todo tipo de medios hasta llegarle al público de segunda, tercera o cuarta mano.

Conocer esas fuentes de conocimiento exacto, ser capaz de llegar a ellas al instante y, así, poder exponer hechos con total confianza y precisión. ¿Podría haber un ajuar más útil para el periodista?

Historia

Sólo interpreta la historia correctamente aquel que, observando con qué fuerza influyen las circunstancias en los sentimientos y las opiniones de los hombres y la frecuencia con la que la virtud pasa a ser vicio y las paradojas, axiomas, aprende a distinguir lo que es casual y transitorio en la naturaleza humana de lo que es esencial e inmutable.

MACAULAY

Todo el mundo dice que una facultad de periodismo debe enseñar Historia. Pero ¿cómo hacerlo? Los archivos históricos mundiales abarcan miles de volúmenes. Lo más que puede hacer un estudioso en toda su vida es sumergirse en esa gran mole de material e ir sacando de aquí y de allá aquello que necesita. Pero el aula universitaria típica está llena de jóvenes con todo tipo de inquietudes y, por consiguiente, todo tipo de deseos. Y hay que enseñarles a

todos esos jóvenes conjuntamente. Por eso el profesor les prepara, forzosamente, un programa neutral.

Ahora supongamos que, en lugar de dar clase a estudiantes en general, el profesor tuviera que concentrarse específicamente en ese destinatario especial que es el periodista, en las especiales necesidades de su educación. En ese caso, ¿no encontraría tiempo para arrojar luz sobre los siguientes temas?:

- La historia de la política. («La historia», dijo Seeley, «es la política del pasado, y la política es historia futura».)
- El crecimiento y desarrollo de las instituciones libres y las causas de su deterioro.
- Las revoluciones, las reformas y los cambios de gobierno.
- La influencia de la opinión pública sobre el progreso.
- La legislación.
- Los sistemas tributarios.
- Los movimientos éticos.
- La esclavitud y la guerra.
- Los conflictos entre el capital y el trabajo.
- La historia de la colonización, ilustrando la política estadounidense a través de la experiencia europea.
- La historia del periodismo.

Por supuesto, en ese repaso se tocará brevemente la historia general, un poco más en profundidad la historia inglesa, y la americana recibirá tanta atención como todas las demás juntas. Y en cada etapa estará siempre presente la idea de progreso, especialmente la del progreso de la justicia, la civilización, la humanidad, la opinión pública y la idea y el ideal democrático.

Sociología

Todo el mundo dice que una facultad de Periodismo debe enseñar Sociología. Pero ¿cómo hacerlo?

Aun siendo como es una ciencia imprecisa y casi informe, está repleta de la materia prima de un periódico. Los monumentales diecisiete tomos sobre la vida y el trabajo del pueblo londinense elaborados por Charles Booth, con sus mapas mostrando manzana por manzana dónde se concentran los trabajadores ahorradores y dónde vive el diez por ciento sumergido, dónde los antros del vicio se codean con los colegios y dónde las tabernas inundan el vecindario, son la última condensación de unos datos recogidos durante cientos de años. La Sociología, la ciencia de la vida del hombre en sociedad, es la sistematización de unos datos que el periodista debe recopilar a diario.

La mayor dificultad para enseñar esa ciencia es su amplitud: es como un río desbordado sin un cauce definido. Pero un profesor que sepa qué ignorar podrá dar forma a un curso teórico-práctico que sea la mejor introducción posible al trabajo en un periódico.

Economía

Todo el mundo dice que una facultad de Periodismo debe enseñar Economía. Pero ¿cómo hacerlo?

¿No puedo decir, con firmeza, que no sólo debe enseñarse la economía política antigua, árida y abstracta, sino también el nuevo papel de las fuerzas industriales y comerciales que están transformando la sociedad moderna?

La relación entre el capital y la mano de obra, por ejemplo. ¿Es posible que un periodista sepa demasiado sobre eso? Hay temas aquí que los viejos economistas, con sus «regateos del mercado» y sus «leyes naturales de los salarios» nunca llegaron a soñar siquiera.

Los enemigos de la República

La República se enfrenta a varios peligros. El demagogo se cuenta entre ellos. Quiere organizar la sociedad en dos bandos, y eso representa un nuevo e irrefrenable conflicto que sería una temeridad pasar por alto. El tremendo crecimiento del poder empresarial; el enorme aumento de las fortunas individuales, que se alían para controlar los sistemas ferroviarios y la industria, desafiando así las leyes y destruyendo la competencia; las desigualdades cada vez mayores en la vida, las clases y las oportunidades; la privación de derechos civiles de muchos millones de ciudadanos que son iguales ante la Constitución; la descomunal tasa de analfabetismo y de ineptitud política de los estados del Sur; el antagonismo cada vez más intenso entre el obrero y el capital privado, entre los empleados y los empleadores; el crecimiento de la corrupción en las ciudades: todos ellos son problemas que pondrán a prueba la sabiduría de nuestros hombres de Estado y la serena confianza en sí mismo de nuestro pueblo.

¡Esa confianza sería magnífica, si no fuera ciega! ¿Qué motivos tenemos para pensar que nuestro gobierno está libre de las transformaciones de la historia? De hecho, ¿no está sujeta nuestra república a las pasiones del pueblo, al encontrarse dentro de un invernadero cuyo microclima varía con los conflictos, los disturbios y las posibles reacciones de las elecciones cada dos y cuatro años? En 1896, un cambio de 25.000 votos en ciertos estados vecinos habría llevado al señor Bryan a la Casa Blanca y le habría permitido nombrar a tres magistrados del Tribunal Supremo. Dado el creciente descontento y el llamamiento de algunos periódicos a la ignorancia, sumados a los procedimientos de algunos financieros que actúan según el principio de «después de nosotros, el diluvio», ¿quién puede ser tan corto de entendederas como para no ver venir la evidente reacción popular en contra del poder económico, de los ricos, sobre todo en tiempos difíciles? ¿Es acaso inconcebible que un elemento que fue capaz de inspirar más de seis millones de

votos en 1896 decida en otras circunstancias otros 25.000 votos más? ¿Quién puede tener tanta confianza en el futuro como para no ver que la propia llama de la libertad, alimentada por el sufragio universal, supone un peligro cada dos o cada cuatro años a menos que se regule a través de la ley, el orden, la inteligencia y el autocontrol?

¿Podemos pasar por alto en los estudios económicos el poder y la inteligencia crecientes de las uniones sindicales? Los sindicatos no sólo representan una hostilidad organizada contra el capital, sino que ahora han manifestado un desarrollo muy sorprendente: ya no representan al obrero pobre o indigente, como hacían antes, sino a lo que podría llamarse justamente un obrero semicapitalista. ¿No resulta significativo que tras una huelga de seis meses en las regiones de la antracita, durante los cuales se dijo que los mineros parados cobraron un millón de dólares de los fondos del sindicato, esa organización tenga aún en su erario, a nombre de John Mitchell, aproximadamente otro millón de dólares? Es un hecho que los trabajadores se han vuelto semicapitalistas gracias a estar organizados. Al estar equipados con tan poderosa estrategia, con el poder de la cooperación, con un líder fuerte y con no menos de un millón de votos por los que los políticos de ambas facciones están pujando, ¿no existen bastantes razones como para hacer que esa situación merezca ser estudiada por parte de los hombres que se consideran maestros de la sociedad?

¡Y el socialismo! Una nueva economía en sí mismo (considerado hace unos años como intolerable y ahora triunfante, en principio, en Alemania, Francia e incluso en un país tan conservador como Inglaterra) cuyo proyecto de ley para comprar y distribuir latifundios en Irlanda es la esencia del socialismo de Estado. ¿Qué hay de eso? Los socialistas alemanes rechazan ser considerados simplemente un partido político que acepta la situación actual e intenta mejorar las instituciones existentes desde su interior. Proclaman que su objetivo es, a todos los efectos, revolucionario.

Tenemos algún brote socialista en Estados Unidos, como la exigencia de que las minas y los ferrocarriles sean propiedad del Gobierno, o una lista de pensionistas en la que hemos gastado tres mil millones de dólares desde la Guerra de Secesión, y a la que hay que sumar 300.000 nombres nuevos que acaban de añadirse en un acto de usurpación de funciones ejecutivas. Pero nuestro socialismo no tiene líderes como Jaurès y Bebel, dos de los mayores intelectos de Europa.

¿Cuánto tardaremos en tener dos hombres como esos en Estados Unidos? Hombres que no estén dotados solamente del talento para la oratoria del señor Bryan, sino también de un juicio firme, una personalidad estable y unos propósitos sinceros que les hagan conseguir el apoyo del pueblo, un apoyo que no se puede obtener sino a través de esa confianza que sólo una personalidad sincera y un juicio firme pueden infundir.

Arbitraje

¿Y qué podemos decir del arbitraje? Es un motor para la civilización y pertenece tanto a la economía como a la política, y tal vez incluso a la ética. Demuestra su valor diariamente como alternativa a los disturbios, desórdenes, motines y guerras. El propio hecho de someter una discusión a arbitraje demuestra que ambas partes tienen algo que decir. Aquellos que, arrogantemente, exigen sin argumentar ninguna razón aparte del poder, no tienen «nada que arbitrar». Ante un tribunal de arbitraje se debaten los temas por sus propios méritos, se rechazan los prejuicios, la animadversión a alguna clase o nacionalidad y el cínico interés privado. Cada vista es una lección de orden y civilización.

Siempre hay una tendencia a que sea la parte débil la que solicite un arbitraje, y la fuerte la que lo rechace. Y aquí llega la oportunidad de la prensa para aportar su fuerza moral a la disputa y

superar la terquedad de la fuerza bruta gracias a la presión de la opinión pública.

La documentación sobre el arbitraje es ya inmensa. El funcionamiento del arbitraje vinculante, de los consejos de conciliación, de los tribunales estatales de arbitraje permanentes y de los acuerdos de arbitraje entre sindicatos y trabajadores, así como la larga lista de convenios para la creación de una corte de arbitraje internacional en La Haya, serán el material que formará un programa lectivo valioso y completo para un periodista.

Estadística

Todo el mundo dice que hay que enseñar Estadística. Pero ¿cómo hacerlo?

Las estadísticas no son meras cifras. Suele decirse que nada miente como las cifras, a excepción de los hechos. Se pretende que las estadísticas digan la verdad, y esta puede encontrarse si se sabe cómo buscarla. Del mismo modo, se pueden encontrar en ella romance, interés humano y humor, así como otras revelaciones fascinantes. El periodista también debe saber cómo encontrar todas esas cosas, pero la búsqueda de la verdad es lo más importante, por supuesto. Las cifras que dé el periodista tendrán que superar cualquier examen. Siempre será mejor que subestime sus argumentos en lugar de sobrevalorarlos, para que sean sus críticos y no él quienes queden en entredicho cuando le reten a demostrar sus comparaciones.

No debe leer sus estadísticas a ciegas: tiene que ser capaz de contrastarlas con sus conocimientos y su sentido común. Tiene que estar siempre alerta para descubrir hasta dónde se puede uno fiar de ellas y lo que significan en realidad. El análisis de las estadísticas para hallar la verdadera realidad que reflejan se ha convertido en una ciencia bien desarrollada, cuyos principios se pueden enseñar

de manera sistemática. ¡Y qué ciencia más fascinante! ¿Qué idilio puede igualar a los datos de nuestro crecimiento nacional?

¿No es un dato magnífico el de que en Estados Unidos hay 204.000 millas de líneas férreas (más millas que en toda Europa) y son propiedad de unas empresas que tienen un capital total superior a catorce mil millones de dólares, como valor nominal, y dan sustento a cinco millones de personas (entre los empleados y sus familias), distribuyendo 178 millones de dólares en dividendos a los propietarios y 610.713.701 dólares en sueldos?

Con el flujo de nuestras exportaciones (más de tres mil millones por encima de las importaciones en siete años), ¿acaso nuestra imaginación no ve en esas cifras la reciente y rápida mejora de la industria de Estados Unidos (la «invasión americana» de Europa y el regreso del mercado de valores)? ¿No refleja algo interesante el hecho de que hayamos gastado casi la misma cantidad en pensiones en los últimos treinta años? ¡Qué gran homenaje a nuestras instituciones y qué prometedor futuro representan los dieciocho millones de alumnos escolarizados! Y la inmigración: más de veinte millones de personas desde 1820. Casi un millón de llegadas el año pasado. Nos hemos comido una Nueva Zelanda en un año y una Australia en cuatro. Lo cierto es que parece como si Europa estuviese siendo físicamente trasplantada a América. Pero, si recordamos que el crecimiento natural de la población europea es de unos cuatro millones al año, podemos estar seguros de que al viejo continente siempre le restarán unos pocos habitantes.

Lenguas modernas

Todo el mundo dice que una facultad de Periodismo tiene que enseñar lenguas modernas. Pero ¿cuáles?

No deben ser consideradas como unas lujosas asignaturas culturales ni meras disciplinas mentales. Hay que considerar cada lengua extranjera como una herramienta: una llave para abrir la

vida, la literatura, los valores y las costumbres del pueblo que la usa. «Aquel que no conoce ninguna otra lengua», dijo Goethe, «poco sabe de la suya». Y cada lengua extra que consiga dominar es un nuevo recurso para el periodista. La baza especial del francés tiene que ver con su estilo. El orden, la precisión, la lucidez y la forma artística son características de la lengua francesa muy valiosas para el periodismo.

Una ventaja del alemán es que es, por encima de todas las demás, la lengua de las traducciones. Con ella tenemos la llave para todo lo demás. Todas las cosas importantes dichas en otras lenguas, ya sean antiguas o modernas, se han traducido al alemán, y muy bien.

Hasta dónde se pueda llegar en dos o tres años de enseñanza de una o más lenguas modernas dentro de este programa especial es una cuestión que deben decidir el Consejo Asesor y las autoridades de la universidad.

Ciencias Naturales

Todos dicen que hay que enseñar Ciencias Naturales. Pero ¿cómo hacerlo?

Ya cuando Pope dijo que «El estudio más interesante del hombre es el hombre mismo» había cosas aparte de él mismo que merecían cierta atención filosófica. Pero en nuestros tiempos es imposible incluso fingir que uno es inteligente —por no hablar de tratar de representar el papel de un maestro público— sin poseer por lo menos unos conocimientos científicos básicos.

El periodista no tiene por qué ser un experto en ciencias. Ni siquiera tiene que asistir a los cursos científicos normales de la universidad, demasiado embotados con datos concretos que no necesita. Pero ¿no debería tener unas nociones básicas de Física, Química, Biología y Astronomía (en vista de los últimos

descubrimientos) suficientes para conocer a las eminencias en estos temas y permitirle continuar con su estudio él solo?

El estudio de los periódicos

Todo el mundo dice que durante la formación periodística deben estudiarse los periódicos actuales. Pero ¿cómo hacerlo?

Imaginemos que el director o el redactor jefe de un gran diario, movido por una generosa pasión por su profesión, debiera dedicar varias horas al estudio cuidadoso de los periódicos del día. Ahora imaginémosle diciéndole a una clase «Este es el mejor reportaje del día, y este, el peor», y explicando por qué. «Esto es lo que está mal; esta es la injusticia que debe subsanarse; este es el mejor editorial; este es un párrafo brillante; esto es una muestra de estupideces sentimentaloides; esto tiene un ritmo magnífico; esto es una mentira escandalosa cuyo autor debería ir preso a Sing Sing^[16]; este es un titular tremendamente inexacto y engañoso; este es un ejemplo de crasa ignorancia sobre política exterior; esto es algo que un hombre que no conoce el significado de las cifras cuando las ve se ha aprendido “de carrerilla” de un almanaque».

Si los directores de veinte de los diarios más destacados del país dieran esas conferencias por turnos, haciendo «demostraciones» con periódicos, al igual que un conferenciante lo hace en una facultad de Medicina partiendo de su propia práctica clínica, ¿podría un joven merecedor de un puesto en una redacción pasar un año sin aprender a mirar ni a pensar? ¿No supondría ya por sí misma esta asignatura una educación fructífera?

El poder de las ideas

La opinión pública es a un tiempo la guía y la supervisora de los hombres de Estado.

Todo el mundo dice que deberían enseñarse ideas periodísticas. Pero ¿cómo y por quién?

Goethe dijo: «Todo ha sido ya pensado antes, pero lo difícil es volver a pensarlo». Si ya se ha pensado todo antes, puede ser recopilado y archivado en orden. Se puede hacer una lista de todas las ideas importantes que han dado reputación y éxito al periodismo en los últimos veinte años. ¿Sería posible para alguien —a menos que se tratase de un tonto redomado— pasar trescientos días al año escuchando una retahíla de las ideas en las que se basan y de las que se alimentan los periódicos exitosos y respetables sin absorber, digerir, asimilar e incorporar inconscientemente a su cerebro pensamientos que luego pueda aplicar a sus propias necesidades?

Los tontos nunca han tenido cabida en mis planes para la constitución de una facultad de Periodismo. Esos pertenecen al grupo de los periodistas que «nacen, no se hacen».

Hay que pensar con corrección, hay que pensar al instante, hay que pensar sin parar, hay que pensar profundamente, hay que aprovechar las oportunidades que otros dejan escapar. Ese es el secreto del éxito en el periodismo. Enseñar eso es veinte veces más importante que enseñar latín o griego.

Napoleón dijo que todas las batallas dependían de un pensamiento, pero que ese pensamiento, aunque pareciera una inspiración espontánea, era el resultado de toda una vida de ideas y de experiencias.

El pensamiento es la única potencia que no tiene límites. De una caldera de vapor se puede decir: «Alcanzará una potencia de mil caballos de vapor». Sin embargo, ¿quién puede decir hasta dónde llegará la influencia de un pensamiento?

La Revolución Francesa nació del pensamiento de unos pocos hombres. Voltaire, Rousseau y los enciclopedistas decían que la idea de que el pueblo le perteneciera al Rey era absurda, que el

pueblo se pertenecía a sí mismo. El germen de esa idea flotaba en el aire. La Revolución Estadounidense actuó como estímulo, y, de repente, el pueblo despertó e hizo ese pensamiento realidad.

Un viejo pensamiento que se aplica a una situación nueva es nuevo. Robespierre habló de «un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo» mucho antes de que Lincoln hubiera nacido. No obstante, ¿quién recuerda la conexión de Robespierre con esa frase que Lincoln recreó e inmortalizó?

Antes de la época de las líneas férreas, los telégrafos y los grandes conglomerados industriales y comerciales, un pensador francés criticó a las empresas por ser un peligro para el Estado porque, al no tener alma, carecían de ese sentido del orgullo y la responsabilidad personal, de la vergüenza individual y el honor, sin el cual era imposible ser un buen ciudadano. Fue idea de Helvetius que la devoción al Estado fuera el primer deber del patriotismo. En su tiempo, la idea parecía básicamente teórica, y las empresas aún no eran temibles por aquel entonces. Pero eran pensamientos sólidos, y ha llegado el momento en el que se pueden llevar a la práctica.

«No hay nada nuevo bajo el sol». La idea del señor Bryan de reducir la deuda a través de la ley es tan vieja como el descontento social. Si hubiera leído con atención algo de historia no se habría tomado tan seriamente su papel de agitador. Intentaron el mismo plan Licurgo, Solón y los Graco. Formaba parte del programa de Catilina. Incluso el método para conseguirlo, depreciando el valor de la moneda, fue aplicado repetidamente por algunos reyes europeos en la Edad Media y más adelante.

Ninguno de nosotros puede esperar ser original. Nos limitamos a coger de la gran reserva de ideas lo que se ajusta a nuestro objetivo. Depende de nosotros y de nuestra educación que seleccionemos bien o mal.

Los principios del periodismo

Todo el mundo dice que hay que enseñar los principios y métodos del periodismo. Pero ¿cómo hacerlo?

Bueno, es imposible hacerlo sin una clase que explique el tema de una forma sistemática. Pero ¿no se ganaría más aún con la preparación real de un periódico para su impresión, quizá una vez a la semana, gracias a la imprenta y la maquinaria que he donado al edificio de la facultad?

Un periódico así proporcionaría conocimientos prácticos de todas las ramas del trabajo de un diario: la del director, la del reportero, la del crítico, la del corrector, la del revisor de pruebas de imprenta, la del maquetador —en resumen, todo lo que un joven debería saber hacer antes de aventurarse a llevar a cabo ningún trabajo de periodista—. Y sería bajo la supervisión de un profesor que no sólo empuñaría el lápiz como lo hace un director de verdad, sino que también haría lo que un director de verdad no tiene tiempo de hacer: explicar por qué. En ocasiones se pedirá a todos los estudiantes que escriban editoriales sobre un mismo tema, y los mejores podrían publicarse tras una explicación del porqué de su elección.

Si los veinte mejores directores de la prensa del país, o de la del Este, o de la de Nueva York, aceptasen analizar y criticar por turnos este periódico y los diarios de Nueva York una o dos veces al año, poniendo sus mejores intenciones y su experiencia en esa tarea, los estudiantes se beneficiarían no sólo de una cabeza, sino de veinte, y además de las mejores del gremio. ¿Acaso no actuarían los directores en solidaridad con el proyecto por una cuestión de orgullo y de honor? Gracias a esa práctica, el periodista aprenderá, bajo la crítica de los expertos, a través del trabajo, igual que un joven oficial es entrenado para la guerra mediante maniobras militares.

Pero el objetivo del curso en ningún momento dejaría de ser el de crear redactores y directores de verdad, desarrollando el razonamiento: enseñar a los estudiantes que lo que crea un periódico no es ni la mecanografía, ni la imprenta ni la publicidad, sino la inteligencia, la conciencia y los valores dedicados al servicio público.

Conclusión: las noticias

Pero debo detenerme, y quizá disculparme por la interminable extensión de este artículo, que ha traspasado todos los límites razonables. Escribirlo me ha convencido de que los dos años que se han propuesto para la carrera de Periodismo serían demasiado escasos, ya que, a fin de cuentas, aún no hemos dicho nada acerca de la noticia.

Y no es que subestime su valor. Las noticias son lo que da vida al periódico. Están cambiando eternamente: son más variadas que un caleidoscopio, y siempre traen sorpresas nuevas y sensaciones nuevas. Siempre son inesperadas.

Pero no tengo el tiempo necesario para tratar el tema de forma adecuada, y debo confesar que nunca ha sido uno de mis grandes intereses el debatir sobre política o sobre cuestiones públicas.

Las noticias son muy interesantes, pero hay otras personas que, sin lugar a dudas, se encargarán de ello mucho mejor que yo. Denme un redactor que esté bien formado, que posea los fundamentos de la precisión, el amor a la verdad y un instinto para el servicio público, y no habrá ningún problema a la hora de que reúna las noticias.

El servicio público: el objetivo por excelencia

¿Qué son los grandes dones sino el correlato de las grandes obras? No nacemos para nosotros mismos, sino para nuestros iguales, nuestros vecinos, nuestra nación.

CARDENAL NEWMAN

Hay quienes han dicho que mi finalidad al fundar la facultad de Periodismo era ayudar a los jóvenes que quisieran hacer de esta su vocación. Otros han dicho que se trata de un esfuerzo por elevar el

periodismo a su posición real entre las profesiones que se aprenden. Eso es cierto. Pero, aunque sea un placer sentir que esta facultad ayudará a muchos jóvenes a tener un mejor comienzo en su vida, no ha sido este mi objetivo primordial. Tampoco lo ha sido la elevación de la profesión que amo y a la que tanto respeto. A lo largo de toda mi planificación, el fin principal que he tenido en mente ha sido el bienestar de la República. El objetivo de la facultad será crear mejores periodistas que, a su vez, creen mejores periódicos que presten un mejor servicio a la sociedad. Impartirá conocimientos, pero no como fines en sí mismos, sino para que sean empleados en el servicio público. Tratará de desarrollar personalidades, pero incluso eso será sólo un medio para el fin por excelencia: el bien público. Nos encontramos ante un portento inaudito hasta la fecha: una democracia incontable, mundial, culta y consciente de sí misma. Las pequeñas revoluciones del pasado las llevaron a cabo unos pocos líderes que actuaban sobre una población ignorante, consciente sólo de una vaga sensación de insatisfacción. Ahora las masas leen. Saben de qué se quejan y cuál es su poder. Debaten en Nueva York la situación de los trabajadores de Berlín y de Sidney.

También el capital está desarrollando un sentimiento de clase mundial. Ha aprendido a su vez el poder de la cooperación.

¿Cuál será el estado de la sociedad y la política de esta república dentro de setenta años, cuando algunos de los niños que ahora van al colegio aún estén vivos? ¿Conservaremos un gobierno basado en la Constitución, en la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley y en la pureza de la justicia, o nos gobernarán el dinero o la mafia?

La respuesta a esas preguntas dependerá en gran medida del tipo de educación que la gente de ese tiempo reciba a través de sus periódicos, sus libros de texto, sus oradores y sus predicadores de masas.

He hablado tanto de la necesidad de mejorar el periodismo que, para evitar malentendidos, debo dejar clara mi opinión sobre el

trabajo admirable que muchos periodistas ya están haciendo. El competente autor de editoriales, por ejemplo. ¡Qué cantidad de información sensata nos da cada día! ¡Qué justos son por lo general sus juicios, y qué rápidas sus decisiones! Sin conocer a la gente para la que trabaja, coincide con sus sentimientos y sus aspiraciones, y —cuando se le deja solo, sin las restricciones que imponen los prejuicios partidistas— suele interpretar sus ideas como a ella le gustaría expresarlas por sí misma.

No resultaría exagerado decir que la prensa es la única gran fuerza bien organizada que está activa y unida en la conservación de la rectitud civil. Hay muchos reformadores políticos en el clero, pero al púlpito como institución le preocupa el Reino de los Cielos, y no la República de los Estados Unidos. Hay muchos abogados con espíritu cívico, pero la abogacía como profesión trabaja para sus clientes, y ningún trust de los que desafían la ley ha sucumbido por no tener suficiente talento jurídico a su servicio. Los médicos trabajan para sus pacientes, y los arquitectos, para sus clientes. Solamente la prensa hace suyo el interés público. «Lo que es problema de todos no es problema de nadie»^[17], excepto del periodista: es suyo por adopción. Si no fuera por su preocupación, prácticamente todas las reformas morirían antes de nacer. Mantiene a los dirigentes en el que es su deber. Desvela los intentos secretos de robo. Promociona todos los planes de progreso que resultan esperanzadores. Sin él, la opinión pública no tendría forma, y sería muda. Une a todas las clases y a todas las profesiones, y les enseña a actuar en consonancia con los principios de su ciudadanía común.

Los griegos creían que no se podía gobernar con éxito una república si todos los ciudadanos estaban demasiado lejos como para reunirse en un mismo sitio. En la democracia de Atenas, todos podían juntarse en la asamblea popular. Allí era donde se formaba la opinión pública y, dependiendo de si se escuchaba a un Pericles o a un Cleón, el Estado prosperaba o se deterioraba. El orador que se dirige a la democracia americana es el periódico. Es el único que

posibilita la buena circulación de la sangre política por las venas de una república continental. Tenemos unos cuantos periódicos —es triste, pero cierto— que propugnan peligrosas falacias y falsedades, apelando a la ignorancia, al partidismo, a las pasiones, a los prejuicios populares, a la pobreza, al odio a los ricos y al socialismo, sembrando la semilla del descontento —que con el tiempo, si no se le pone freno, conduce sin duda alguna a la anarquía y el derramamiento de sangre. La virtud, como dijo Montesquieu, es la base de la República, y por ello una república, que en su versión más pura es la forma de gobierno más deseable, es la más difícil de mantener. Porque no hay nada más susceptible de decadencia que la virtud.

Nuestra república y su prensa triunfarán o caerán juntas. Una prensa capaz, desinteresada y solidaria, intelectualmente entrenada para conocer lo que es correcto y con el valor para perseguirlo, conservará esa virtud pública sin la cual el gobierno popular es una farsa y una burla. Una prensa mercenaria, demagógica y corrupta, con el tiempo producirá un pueblo tan vil como ella. El poder de modelar el futuro de la República estará en manos de los periodistas de las próximas generaciones. Por esa razón ruego a mis colegas que apoyen este importante experimento. De su generosidad y su cooperación dependerá el éxito final del proyecto.

EL PODER DE LA OPINIÓN PÚBLICA

Antes de intentar establecer los orígenes, el poder y las limitaciones de la opinión pública, es necesario determinar qué es. Webster define la opinión personal como «el juicio o sentimiento que la mente se forma acerca de las cosas o las personas». De manera más amplia, podría definirse como una convicción basada en pruebas, una afirmación secundada con argumentos o un punto de vista adquirido, quizá de forma inconsciente, a través del hábito de leer. Así, la opinión pública podría describirse como «la suma de las opiniones personales». Es lo que sienten o piensan las masas, la mayoría. El gobierno popular es el gobierno a través de la opinión pública expresada en las elecciones y formulada en las leyes. La opinión pública regula la conducta de una comunidad, y por ello es una ley no escrita: el sentimiento dominante que representa un acuerdo o un código moral y de educación común.

Ejemplos históricos

Prácticamente en todas las épocas se encuentran ejemplos históricos de la fuerza que tiene la opinión pública. En las comunidades democráticas de Grecia, los grandes oradores Pericles, Demóstenes y sus discípulos influían en los acontecimientos haciendo llamamientos al pueblo. En Roma, la opinión pública era tan poderosa durante la República como durante el Imperio. La arenga de Marco Antonio suscitando la guerra civil iba dirigida a la plebe. Hasta que la Reforma anglicana no consiguió

ganarse al pueblo no se instauró con firmeza. La opinión pública fue la responsable de la guerra civil, de la reacción a favor de Carlos II, de la expulsión de Jacobo II, su hermano y sucesor, de la elección de Guillermo de Orange y la introducción de la Casa de Hannover. La opinión pública de Inglaterra reclamó a los sucesivos gabinetes la necesidad de reformar el derecho al voto y los aranceles del grano. La opinión pública dirigió la Declaración de Independencia de este país, y respaldó la larga guerra por la libertad. La opinión pública fue la causa principal de la unificación y emancipación de Italia y de la consolidación del Imperio alemán. La opinión pública inspiró y puso en práctica las sucesivas revoluciones en Francia en 1789, 1830, 1848 y 1870. En este último año, la caída del Imperio y la instauración de la República tuvieron lugar a través de una proclamación en las calles y sin derramamiento de sangre.

En un estado cuyo sistema de gobierno es esencialmente democrático, no se puede dar ningún cambio de dinastía, de administración ni de constitución que no haya sido provocado directamente por la acción de la opinión pública. En los gobiernos modernos, la efectividad de la opinión pública está en proporción directa con la libertad del pueblo. Jefferson la llamó «ese señor del universo». Sin embargo, no es ningún dios en Rusia, donde está coartada. Wendell Phillips dijo en la cúspide de la agitación antiesclavista de Nueva Inglaterra que si viviera en Rusia, sería un anarquista, ya que en esa tierra no había «ni libertad de prensa, ni Faneuil Hall^[18] ni urnas». Pero un país como el nuestro, en el que, como dijo el General Grant, «la voluntad del pueblo es la ley del país», es de vital importancia saber cuáles son las causas creadoras de la opinión pública. ¿Cuándo se debe estar de acuerdo con ella, y cuándo en contra? ¿Cuál es el mejor método para influir en ella? ¿Cómo debe dirigirse para obtener resultados prácticos?

La prensa como su inspiración y expresión

La opinión pública como poder político y moral tiene su inspiración y expresión en la prensa y la tribuna. Gutenberg fue el fundador de la opinión pública moderna. La imprenta ha sido uno de los factores más importantes en la difusión de las ideas religiosas propugnadas por los reformistas y la creación de una opinión pública que las apoyara. Las palabras pronunciadas por Lutero sólo llegaron a unos pocos, pero una vez impresas les llegaron a muchos. Miles de folletos y panfletos que contenían las semillas de las nuevas ideas religiosas se esparcieron por Alemania. Con el advenimiento del periódico, en el mundo se empezó a sentir una fuerza nueva, «la más poderosa que se ha conocido para la creación, el desarrollo y el control de la más importante de las fuerzas modernas: la opinión pública mayoritaria».

Dijo el astuto Tocqueville: «Un periódico puede enviar la misma idea a miles de mentes a la vez». Pero ahora un periódico puede enviar la misma idea a un millón de mentes en el mismo día. Según cifras de 1900, en ese año los 2.226 diarios de este país tuvieron una tirada diaria conjunta de 15.102.156 ejemplares. La tirada total de cada número de todos los diarios y publicaciones periódicas fue de 114.299.334 copias, y la suma de los ejemplares que circularon en un año alcanza la casi inimaginable cifra de 8.168.148.749. Casi mil de los principales periódicos del país, con una tirada total de más de 13.000 números, pertenecen a una gran agencia de noticias: la Associated Press de Estados Unidos. Esos periódicos reciben las mismas notas de prensa, que cubren todos los rincones habitados del globo. Los mismos datos, la misma condensación de noticias y puntos de vista «se envían a la mente» de esos millones de lectores el mismo día.

Esa iluminación del pueblo acerca de los asuntos del país y el mundo es lo que quien escribe estas líneas tenía en mente cuando dijo hace diez años que «La publicidad es el factor y el poder moral más grande del universo». Eliot, el rector de Harvard, expresó la misma idea siete años después cuando dijo: «La publicidad es la mejor seguridad de la democracia, la mejor arma contra el mal

político, social, industrial o comercial y, a largo plazo, el medio más fiable para el progreso social y político». El Juez Brewer, del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, en una declaración breve pero llena de significado sobre «el efecto de la libertad de prensa en la vida estadounidense» escrita para el *New York World*^[19], habló sobre el servicio que presta la prensa «para la evolución del tribunal de la opinión pública, un tribunal con más poder que cualquier otro organizado, y en el que se juzga a todos los hombres, acontecimientos y partidos».

¿Está decayendo la influencia de la prensa?

Algunos observadores superficiales dicen a veces que la influencia de la prensa está decayendo. ¿Cómo va a decaer, si su reputación ha mejorado con constancia y el total de tiradas ha aumentado enormemente? ¿Es que las cifras han perdido su valor? ¿Es que la información ya no favorece la inteligencia? ¿Son los hombres menos sensibles que antes a las argumentaciones sólidas y a los llamamientos sensatos? Hace treinta años un ilustre obispo de la Iglesia Episcopal dijo: «Es la prensa la que forma la opinión pública. El gran acontecimiento actual es que el sentir popular ha sido educado por la prensa hasta el punto de que desdeña las ataduras partidistas y vota de acuerdo con principios».

Si eso era cierto en 1873, ¿ahora lo es de forma mucho más universal! Prácticamente todos los grandes periódicos del país son independientes, tanto económica como políticamente. Las seis últimas elecciones presidenciales se han decidido por el voto independiente, condicionado por la prensa independiente.

El resultado de las elecciones municipales de la ciudad de Nueva York en 1903, cuando el candidato demócrata a la alcaldía salió elegido por una mayoría relativa de 62.000 votos a pesar de la casi unánime oposición de la prensa de la ciudad, se ha citado como prueba de que los periódicos no ejercen la influencia que se les

suele atribuir. Sin embargo, hay que señalar que la mayoría demócrata se redujo a la mitad al año siguiente, que en la ciudad hay decenas de miles de votantes incultos que no son susceptibles a los argumentos y llamamientos de la prensa, que un número aún mayor no sabe leer y que una gran proporción de los votantes es inmune a toda argumentación durante las elecciones debido a su arraigada pero sincera fidelidad a un partido o a causa de un interés egoísta en el éxito de un programa político concreto. Por ejemplo, los camareros de las tabernas y sus jefes, las clases que infringen la ley, los aspirantes a un cargo público, etcétera.

El hecho de que, de un total de 600.000 votos, considerando como una mayoría democrática normal los 120.000, sólo se necesitase un cinco por ciento más para el triunfo de una lista electoral imparcial, es un homenaje a la influencia de la prensa. Especialmente a la luz del extraño error de desafiar a la opinión pública imponiendo unas *Sunday laws*^[20] obsoletas y puritanas que la mayoría de la gente cosmopolita de la ciudad considera como una limitación odiosa a su libertad individual.

El factor de control en los asuntos nacionales

El periodista actúa sobre la opinión pública y a través de ella, y por eso, desde su punto de vista, el desarrollo de la misma es el hilo central de la historia. Está conectada indisolublemente con el crecimiento de su propia profesión. La historia está repleta de informes sobre las guerras y sus causas. Sin embargo, para el periodista lo importante de esa relación es el hecho de que antes las guerras se empezaban por un capricho individual, mientras que ahora no se puede iniciar ningún duelo entre naciones sin la aprobación de la opinión pública.

En 1870, por ejemplo, Napoleón III y el rey Guillermo I eran legalmente los señores de la guerra de Francia y Prusia. Personalmente y de corazón, ambos deseaban la paz, pero no

podían tenerla. Bismarck quería la guerra, y la consiguió manipulando a la opinión pública, que era más fuerte que los monarcas. Alborotó a los franceses al permitir la candidatura al trono español de un príncipe Hohenzollern. Después se retiró la candidatura, y Bismarck pareció estar en jaque mate. Él y sus asociados del partido bélico prusiano, Moltke y Roon, estaban desesperados cuando Napoleón III los ayudó neciamente al exigirles garantías de que ningún Hohenzollern aceptaría el trono español en el futuro. Benedetti, el embajador francés, detuvo al rey Guillermo durante uno de sus paseos por Ems y le instó a aprobar lo que le pedían, y el Rey, perdiendo la paciencia, le dio la espalda. La prensa parisina se encolerizó ante aquel «insulto a Francia». Mientras, Bismarck, mediante unas acertadas modificaciones en el telegrama que el Rey le envió explicando el incidente, conseguía que pareciera como si el gobierno francés hubiese insultado a la soberanía prusiana. La prensa alemana se encendió. La opinión pública se despertó en ambos países, y esos dos monarcas, prácticamente absolutistas, se vieron obligados a ceder ante ello y declararse la guerra en contra de sus deseos.

En *La vida de Guillermo Ewart Gladstone* de Morley consta que Lord Aberdeen sufrió un constante arrepentimiento por no haber luchado con más ímpetu para evitar la Guerra de Crimea. Le preguntó al señor Gladstone, que era miembro de su gabinete, si no creía que él (Lord Aberdeen) «debería haber dejado el cargo cuando declaramos la guerra», ya que «todo el tiempo había actuado en contra de sus sentimientos». Gladstone, a pesar de simpatizar con la antipatía de Lord Aberdeen hacia cualquier guerra que no fuera defensiva, dijo sobre la guerra contra Rusia: «El Gobierno está poniendo en práctica la opinión pública del momento».

Muchos demócratas honestos de Estados Unidos, e incluso algunos republicanos, pusieron en duda que la oposición a la secesión mediante la guerra fuera acertada. Cuando inauguró el cargo, el presidente Lincoln no era consciente de la inmensa tarea que tenía frente a él. En su primer llamamiento a filas pensaba que

acabaría con la rebelión en tres meses con 75.000 hombres: un error garrafal si recordamos que el número de hombres que combatieron en el bando de la Unión durante los cuatro años que duró la guerra ascendió a 2.772.408. La prensa hizo su trabajo en aquel momento de peligro y dudas, pero imaginemos que no lo hubiera hecho. Supongamos que hubiera dejado indiferente a la opinión pública. ¿Se habría atrevido Lincoln a ordenar el reclutamiento? ¿Se habría atrevido a llamar a la mitad de los hombres del Norte en edad de servir? ¿Se habría aventurado a hacer pública la Proclamación de Emancipación? ¿No se habría ofrecido para llegar a un acuerdo y claudicado por el bien de la paz? La opinión pública del Norte fue la que llevó a cabo la guerra por la Unión. Lincoln, aun siendo un líder brillante e inigualable, fue sólo su instrumento magistral.

Al analizar el creciente poder de la opinión pública, el periodista debe sentirse impresionado por la honda responsabilidad que descansa sobre todos aquellos que juegan cualquier papel en el control de esa poderosa fuerza. Si tiene la fantasía suficiente como para imaginarse las consecuencias de incitar la animadversión del país (si logra encontrar en el campo de batalla o en los hogares de las viudas la cruda realidad que sigue a unas palabras imprudentes), ¿no deberá retractarse con miedo e indignación de haber incitado la declaración de guerra?

El presidente McKinley se oponía a la guerra contra España y, como era muy afable, se mantuvo firme frente al Congreso y el sentimiento popular todo lo que pudo. Sin embargo, al final tuvo que olvidar sus convicciones, conocidas por todos y expresadas con libertad, y ceder ante el público y la prensa. Mientras, el Congreso «le cronometraba» para asegurarse de que esa renuncia a sus principios no se retrasase.

Un ejemplo menos llamativo pero igual de significativo lo proporciona el dato histórico de que McKinley, quien como diputado había votado a favor de la libre e ilimitada moneda de plata en 1877, se convirtió en 1896 en candidato y campeón del grupo Gold

Standard Party^[21]. Ello se debió al cambio en el sentir del pueblo acerca de ese tema, tanto en su estado como en el resto de la nación.

En nuestras luchas por los derechos de los trabajadores, la opinión pública también presiona con una fuerza que no se puede resistir. En la gran huelga del carbón de 1902, los trabajadores, los intereses financieros y los empresarios conservadores estaban todos, casi sin excepción, en contra del arbitraje. Se rechazaron muchos intentos de arbitrar y, sin embargo, al final ambas partes se rindieron. ¿A quién? ¿Al presidente de Estados Unidos? ¡No! A la opinión pública, de la cual el Presidente fue el efectivo instrumento, y cuya condena ningún bando se atrevía a tener que soportar. El Presidente jamás se habría lanzado a tomar la iniciativa de la manera tan inaudita y anticonstitucional en que lo hizo, si la voz del pueblo no le hubiera alentado. Ni tampoco se le habría escuchado si se hubiera atrevido.

En Inglaterra pudimos observar, en 1903, un notable ejemplo del desarrollo de la opinión pública. Se propuso modificar los aranceles británicos, un cambio que hace unos siglos habría sido aplicado por el Rey o por su Primer Ministro, y más tarde por el Parlamento. Ahora, todos admitían que ni el Rey ni el Parlamento tendrían la última palabra en esa decisión. Se silenció a la Cámara de los Comunes, y el debate se dirigió al pueblo. Chamberlain dimitió de su cargo en el Ministerio debido a que, como reconoció con sinceridad, la opinión del pueblo era contraria a su política. El Primer Ministro aceptó su dimisión con gran pesar por la misma razón. Entonces el señor Chamberlain se propuso reformar el país, y en el momento de escribir este texto estamos contemplando, sin ninguna elección política en ciernes, el espectáculo sin precedentes de un llamamiento a la opinión pública fuera del Parlamento que podría alterar las relaciones comerciales de todo el mundo.

La influencia de los editoriales

El ex presidente Cleveland ha expresado su creencia de que «por regla general, la influencia de los periódicos a la hora de conducir el juicio y formar la conducta de sus lectores ha disminuido notablemente en los últimos años». Ahora hay más periódicos de los que había hace cincuenta años, y es encomiable que a la opinión pública no le influyan, y que incluso llegue a despreciar las enseñanzas de muchos de ellos, ya que si respondiera a todos sus llamamientos, sus impulsos resultarían a menudo tremendamente erróneos y peligrosos para la República. No cabe duda de que la influencia del periodismo parcial y «orgánico» ha decaído, lo que resulta muy beneficioso tanto para la prensa como para la República. Pero decir que la influencia de la publicidad ha decaído es como decir que el sol hace aumentar la oscuridad o que los datos y la verdad pierden efecto cuanto más se difunden.

La influencia de los editoriales (el poder de las opiniones que se expresan en el periódico, y no el de las noticias) depende prácticamente sólo de la confianza del público en la honradez, la libertad, la falta de temor y el propósito ético del diario en sí mismo. La gente se ha vuelto muy exigente en ese sentido. Es capaz de detectar tanto al abogado de los sindicatos egoístas como al demagogo igualmente egoísta que berrea descaradamente contra ellos. Han demostrado su gratitud y confianza a los periódicos que son totalmente independientes e inflexibles en su vocación por lo que ellos consideran correcto: a aquellos que «revelan los fraudes y farsas y luchan contra todos los abusos y males de la sociedad»^[22] sin miedo y sin favoritismos.

Ha habido demasiados ejemplos que ilustran la influencia de los periódicos en el modelado y el control de la opinión del público a través de las declaraciones de sus editoriales como para borrar cualquier duda de la existencia continuada de ese poder. Y es un poder que perdurará y aumentará precisamente en la misma medida en la que lo hará la fidelidad de los periódicos a sus principios y a su deber de hacer de la prensa una fuerza ética en la comunidad, sirviendo a la gente y luchando por ella sin temor, sincera,

desinteresada y libremente. La cuestión de si la opinión pública, aunque haya sido formada y guiada, debe o no ser siempre respetada y obedecida sólo admite una respuesta racional. La teoría de que «la voz del pueblo es la voz de Dios»^[23] sólo se puede aceptar con reservas muy importantes. La opinión pública es una entidad variable que, a menudo y como dijo Jefferson, «cambia a la velocidad del pensamiento»^[24]. Por eso es imposible que siempre esté en lo cierto. ¿Era «la voz del pueblo, la voz de Dios» cuando apoyaba la esclavitud en una república dedicada a la libertad? ¿Era la opinión pública infalible cuando permitió la concesión instantánea del derecho al voto a una raza que acababa de ser liberada de la ignorancia y la incultura de la esclavitud? ¿Acaso tiene razón ahora que prácticamente consiente la retirada del derecho al voto de esa misma raza, después de una generación de libertad y progreso en la que su derecho al voto ha estado garantizado por la Constitución?

A menudo se dan errores de interpretación por parte de aquellos que ansían ir con la multitud. El señor Bryan confundió la histeria de la Convención de Chicago^[25] con un grito desesperado del pueblo por un dinero barato.

¡No! No hay nada que esté más claro que el hecho de que, a veces, uno de los deberes más importantes de la prensa es oponerse a la opinión pública. James Bryce ha dicho con razón que «Las democracias siempre tendrán demagogos preparados para alimentar su vanidad, agitar las pasiones y exagerar el sentir del momento. Lo que se necesita son hombres que naden contra corriente, les hagan ver sus errores y se apresuren a crear argumentos que resulten aún más contundentes a causa de no ser bien recibidos»^[26].

Una opinión pública bien informada es nuestro tribunal de última apelación. Una apelación que siempre se puede hacer con seguridad contra los errores públicos, la corrupción política, la indiferencia popular o las faltas administrativas. Y una prensa honrada es el instrumento más efectivo para llevar a cabo esa apelación.

Ejemplos concretos

En los días del «anillo de Tweed»^[27], la corrupción se cebó en el saqueo del tesoro público. Como el anillo controlaba toda la maquinaria administrativa y los tribunales, el pueblo se veía impotente. Pero el *New York Times* sacó a la luz el mal con una severidad implacable, y presionó a la opinión pública, que derrotó a los estafadores. Tweed murió en la cárcel, y sus socios intentaron ponerse a salvo en el extranjero como fugitivos de la justicia.

Otra notable agitación de la opinión pública para la corrección de un fuerte abuso, la investigación de Lexow^[28], se debió al esfuerzo conjunto de toda la prensa de la ciudad de Nueva York por mostrar la infame situación de nuestro sistema policial.

El Beef Trust^[29], creado para aumentar el precio de los alimentos y, así, enriquecer a una gran empresa oprimiendo al pueblo, se hizo público y luego fue vencido gracias a la apelación del *New York Herald* al mismo gran tribunal de la opinión pública.

En un momento en el que predominaban las dudas y la opinión pública necesitaba especialmente ser informada acerca de unas peligrosas propuestas sobre la moneda, el *Evening Post* hizo un estupendo servicio a favor de que se mantuviese el patrón oro.

En cuanto al mensaje venezolano del presidente Cleveland, el *New York World* hizo un llamamiento al sentido común del país contra el espíritu bélico que se avecinaba.

A través de telegramas se invitó a opinar al actual Rey de Inglaterra, al señor Gladstone, al arzobispo de Canterbury y a muchos otros dignatarios británicos de la Iglesia y el Estado. Todos negaron tener ninguna intención hostil contra Estados Unidos, y profesaron sentimientos muy cálidos de familiaridad y de amistad. La opinión pública de aquel país respondió al instante a esas expresiones fraternales y el debate sobre la guerra terminó antes de empezar.

Conocer la opinión del público mediante entrevistas y telegramas especiales y publicarla rápidamente es una de las funciones más

útiles de la prensa.

En 1895, presionado por la creencia de que un sindicato controlaba todo el oro del país, el Gobierno se dispuso a venderle a dicho sindicato sus bonos por valor de 100 millones de dólares a 104,5 dólares cada uno. Sin embargo, el *New York World* envió un telegrama a 14.000 bancos y recibió 7.100 respuestas en sólo doce horas. Y el Gobierno recibió en total una oferta de más de 235 millones de dólares en oro a cambio de sus bonos. A consecuencia de ello, el presidente Cleveland anuló el contrato secreto con el sindicato privado y emitió un llamamiento a la participación pública. Finalmente se cerró por seis veces más, a un precio de unos 112 dólares en lugar de los 104,5 que ofrecía el sindicato. Eso supuso un beneficio para el Tesoro de más de siete millones de dólares.

En el verano de 1899 *The World* comenzó una polémica a favor de una ley que gravara las concesiones a los tranvías, las compañías de gas, etc., por el uso de las calles públicas. Gracias a esas concesiones las empresas se hacían con unos enormes beneficios, y no le pagaban prácticamente nada a la ciudad de Nueva York. Diariamente, se publicaban datos y cifras que sacaban a la luz la magnitud de la injusticia. Se presentó al Senado un proyecto de ley para hacerles pagar un impuesto por la propiedad de esas concesiones. El periódico hizo circular peticiones para su aprobación, y en una semana se recibieron 30.000 firmas. Se envió un tren especial de Nueva York a Albany con delegados de varias organizaciones de trabajadores y contribuyentes que representaban a 250.000 ciudadanos y unos bienes valorados en 80 millones de dólares, para exigirle a la Asamblea Legislativa un informe sobre el proyecto de ley, que se había visto paralizado por numerosas influencias corporativas y políticas. Muchos otros periódicos de Nueva York apoyaron el movimiento, y el gobernador Roosevelt, respondiendo a la agitación, se sumó a su defensa, haciendo uso de su influencia política y oficial mediante un mensaje especial dirigido a la Asamblea Legislativa, que aprobó la ley.

Este es un ejemplo concreto de un principio correcto, basado en algo justo y defendido con una incansable persistencia. Ese tipo de agitación es el que informa, despierta y conduce a la opinión pública hasta conseguir las reformas.

La necesidad y la fuerza de la persistencia y la reiteración a la hora de crear una opinión pública eficiente no son lo bastante valoradas ni por la prensa ni por los reformistas individuales. Acaparar la atención, persuadir al juicio y conseguir el apoyo solidario de esa gran masa inerte a la que llamamos el público es una tarea difícil y delicada. Sólo la prensa, en su calidad de principal medio de publicidad, está a la altura de conseguirlo. Y a medida que la prensa haga su trabajo de manera inteligente, concienzuda y valerosa —difundiendo inteligencia como el sol difunde luz—, el poder de la opinión pública hará otro tanto a favor de la justicia en el gobierno, la pureza en la política y unos valores morales más altos en los negocios y la vida social de la nación.



JOSEPH PULITZER (1847-1911), húngaro naturalizado americano, fue uno de los más grandes periodistas y editores de la historia. Emigró en los Estados Unidos en 1864, cuatro años más tarde fue contratado como reportero en el periódico alemán *Westliche Post* de St Louis. Después de haber fundado y llevado al éxito el *St. Louis Post-Despatch*, en 1883 adquirió un pequeño periódico de Nueva York, el *World* convirtiéndole en pocos años, gracias a una gráfica y maquetación innovadoras, en un periódico de gran difusión. Desde las columnas del periódico, Pulitzer promovió un periodismo de investigación que originó memorables campañas de denuncia de la corrupción política y financiera. A su nombre va asociado un legado de dos millones de dólares que hizo posible la fundación de la Escuela de Periodismo de la Columbia University en 1912 y un fondo para el más deseado premio americano de periodismo, literatura y música, el Premio Pulitzer.

NOTAS A LA TRADUCCIÓN

[*] Este texto fue publicado por primera vez en la *North American Review* (n.º 178, mayo de 1904, pp. 641-680). [N. de la t.] <<

[1] Pulitzer fue quedándose ciego paulatinamente, y en el momento de crear este artículo ya no veía. <<

[2] Brienne-le-Château. <<

[3] Herbert Spencer, *The Study of Sociology*, Nueva York, D. Appleton and Company, 1896. <<

[4] John Stuart Mill, *Dissertations and Discussions*, 1894. <<

[5] Edmund Burke, *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*, Madrid, Editorial Tecnos, 1987. Traducción de Menene Gras Balaguer. <<

[6] *Keats to Reynolds*, 27 de abril de 1818 (L i 274). <<

[7] *Second Bromley Lecture*, Universidad de Yale, 28 de febrero de 1901. <<

[8] Empresa ferroviaria creada en 1871 con el propósito de construir una línea transcontinental entre Marshall, en Texas, y San Diego, en California. <<

[9] Empresa ferroviaria de Estados Unidos fundada en 1862 y dedicada al transporte de mercancías. <<

[10] La Avenida Pensilvania une la Casa Blanca y el Capitolio, y está considerada como la calle principal de Estados Unidos. <<

[11] «*DeWitt Clinton's ditch*» es una expresión que se usaba en aquella época para ridiculizar el «Canal del Erie», un acueducto que contribuyó al desarrollo del Medio Oeste de Estados Unidos, y de cuya construcción fue responsable el gobernador DeWitt. <<

[12] En la actualidad, Unión Postal Universal. <<

[13] Edmund Burke, *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, Madrid, Ediciones Rialp, 1989. Traducción de Esteban Pujals. <<

[14] Un escritor con el seudónimo de Junius le envió una serie de cartas al periódico londinense *Public Advertise* para informar al público inglés acerca de sus derechos históricos y constitucionales y señalar cómo el Gobierno los infringía. <<

[15] Los «Artículos Federales» son una serie de ensayos que abogaban por la ratificación de una constitución para Estados Unidos, y que fueron publicados en diferentes periódicos de Nueva York. <<

[16] Cárcel del estado de Nueva York llamada así por estar situada en el pueblo de Ossining. <<

[17] «*What is everybody's Business is nobody's Business*» (Izaak Walton). <<

[18] Edificio de la ciudad de Boston, en Massachusetts, que desde 1742 ha acogido los discursos de los activistas revolucionarios e independentistas, como el del propio Wendell Phillips. <<

[19] Pulitzer era el propietario de este periódico. <<

[20] También llamadas «*Blue laws*», son una serie de leyes que prohibían la realización de determinadas actividades los domingos.

<<

[21] Grupo que apoyaba la firma de un acuerdo por el que el valor de la moneda se debía fijar según una determinada cantidad de oro. Esta propuesta se aprobó en 1900. <<

[22] Son palabras del propio Pulitzer, publicadas en 1878 en el periódico que dirigía, el *St. Louis Post-Dispatch*. <<

[23] Referencia a la expresión latina «*vox populi, vox dei*». <<

[24] Palabras de Thomas Jefferson a Charles Yancey en 1816:
«*When public opinion changes, it is with the rapidity of thought*»
(«Cuando la opinión pública cambia lo hace a la velocidad del
pensamiento»). <<

[25] Se refiere a la Democratic National Convention (Convención Nacional del Partido Demócrata) de 1896, en la que William Jennings Bryan fue proclamado candidato demócrata para las elecciones presidenciales de ese mismo año. <<

[26] James Bryce, *Studies in Contemporary Biography*, 1903. <<

[27] «*Tweed Ring*» es el nombre que recibió el círculo de conocidos que William Tweed fue nombrando para formar parte del Tamanny Hall, la maquinaria política del Partido Demócrata, cuando él era su presidente. Gracias a ese «anillo» Tweed se convirtió en uno de los mayores corruptores de la ciudad de Nueva York. <<

[28] Es una investigación dirigida en 1894 y 1895 por el senador Clarence Lexow, que demostró, entre otras cosas, que la policía de Nueva York recibía sobornos de burdeles, y que se podían comprar los ascensos. <<

[29] El trust de la carne. <<